

# La Ilustración Artística

Año XVI

BARCELONA 2 DE AGOSTO DE 1897

Núm. 814



MONUMENTO Á WASHINGTON RECIENTEMENTE INAUGURADO EN FILADELFIA,

obra del escultor alemán Rodolfo Siemering

## SUMARIO

**Texto.**— *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Antonio Vico*, por Eusebio Blasco. — *Esperanza. Leyenda venezolana*, por P. Sañudo Aufrán. — *El infierno*, por Luis Calvo Revilla. — *Nuestros grabados — Problema de ajedrez.* — *Isabel, la de los cabellos de oro*, novela (continuación). — *El crucero «Alfonso XIII» y los cazatorpederos «Terror» y «Furor».* — *El general Stewart S. Woodford*, nuevo ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en España.

**Grabados.**— *Monumento á Washington en Filadelfia*, obra de R. Siemering. — *Antonio Vico. — Convaleciente*, cuadro de R. Fontana. — *Lavanderas gallegas*, cuadro de S. Matilla. — *El genio trágico*, estatua de M. Quiles. — *Mensaje de amor*, cuadro de E. J. Poynter. — *Sansón escarnecido por los filisteos*, cuadro de E. Vassari. — *San Buenaventura en el momento de recibir el capelo cardenalicio*, cuadro de A. P. Dawant. — *Guerra de Filipinas. Vista parcial de una línea de trincheras de los insurrectos.* — *Puente del Zapote.* — *Artillería rodada en el campo de Bagambayán.* — *Recuerdo de la estancia de la familia real española en Aranjuez.* — *Nuevos buques de la marina de guerra española.* — *El general Stewart S. Woodford.*

## MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Dos libros recientes, uno en Zurich, otro en París, sobre un gran poeta. — Enrique Heine. — Sus juegos con las ideas. — Diferencias entre Heine y Voltaire. — Diferencias entre los métodos de Heine y los métodos de la sofistería griega. — Heine teólogo y burlándose de los dogmas. — Heine filósofo y burlándose de la filosofía. — Heine político y burlándose de la política. — Sus profecías sociales. — Heine poeta. — Demasiado alemán para los franceses, demasiado francés para los alemanes, inmortal para todos. — Lo sobrenatural y lo sobrehumano. — Afectos de amistad entre Nietzsche y Wagner. — Causas de que rompiera el filósofo individualista con el músico poeta. — Lo sobrehumano y la suprahumanidad. — Reflexiones. — Conclusión.

No se agota el interés despertado de antiguo por el arte y la poesía de tan extraño y original poeta como el judío alemán Enrique Heine. Dos libros acaban de publicarse ahora sobre su poesía y su vida: uno por los editores de Zurich en lengua germánica, y otro en francesa lengua por los editores de París. Extraño enigma su genio, de los más extraños enigmas que puede ofrecer la Historia literaria. Pensador, juega con el pensamiento en juegos vistosos, parecidos á los juegos de Malabar usados por los titiriteros en los circos. Las ideas le sirven para divertirse con ellas ó divertir al público; esas ideas por las cuales millares de batallas se han empeñado, millones de martirios se han sufrido, corriendo muchas veces el planeta los riesgos del naufragio total en mares de lágrimas y sangre. Hase llamado el Voltaire alemán á Enrique Heine; y corre tal denominación, como cosa vulgar y corriente, por todas las literaturas, sin atención á que Voltaire se burlaba de las ideas teocráticas ó reaccionarias, mientras Heine se burla de todas las ideas. Algo análogo lo que hacía él con lo que hicieran las escuelas sofisticas griegas, mediando sólo una diferencia, y es á saber: los sofistas, clase muy especial de pensadores, sustentaban el pro y el contra de todos los problemas, en tanto que Heine del pro y del contra se reía con igual gracia é igual hilaridad. A estas volubilidades en su naturaleza psicológica juntaba un carácter fisiológico muy nervioso, y así extremadamente sujeto á enfermedades varias. Y si en su psicología entraba como factor principal un escepticismo que le condujo hasta blasfemar de todas las religiones, en su fisiología entró una neurastenia, cuyos rigores no le atacaron al cerebro en las facultades intelectuales, que producen la idea, le atacaron en las fuerzas locomóviles, que determinan el movimiento. Aquel hombre, de pensar tan copioso, de tan contradictorias emociones, vibrante á la continua en sus nervios; con una cabeza volcánica en erupción eterna; el cual si no sabía creer, sabía discurrir y amar; dotado de alas en su fantasía, que le remontaban hasta el séptimo cielo de la inspiración poética; en su interna sensibilidad muy susceptible; capaz de adquirir las formas imaginables en perpetuos metamorfoseos, yacía clavado sobre un sillón, sin poderse valer de sus pies.

Necesitábase todo un volumen para registrar y contener las frases dichas por el inmortal poeta en materia de religión, en materia de filosofía, en materia de política. Nacido de la raza más creyente que puede imaginarse y más en sus creencias tenaz, entreteníase ostentando todas sus dudas, expresadas por negaciones y por blasfemias. «Cristianos, decía Heine, burlándose de sus propias tradiciones bíblicas, tenéis que creer cuanto yo creo, judío, mientras yo no tengo por mi parte obligación alguna de creer lo que creéis vosotros.» Cuando veraneaba en Colonia, solía dormir la siesta sobre un banco de la catedral, y despertándose tras aquel sueño tranquilo, procurado por la frescura de tan grande iglesia, exclamaba: «Qué religión de verano tan deliciosa es el catolicismo.» Cierta día encontró un asnillo, á quien apaleaba labriego cruel. «Padece, padece, dijo, diri-

giéndose al atormentado animal, puesto que comieron tus padres cebada prohibida en el paraíso.» Y todas estas increíbles atrocidades de su ingenio contra lo más respetable y más sagrado que hay en el mundo, contra las creencias dogmáticas, no eran cosa, comparadas con las escritas por él contra las ideas filosóficas modernas y contra los más inspirados pensadores del siglo. En materias de religión, aún le contenía el respeto universal profesado por la humanidad á los profetas y á los redentores; mas en materia de filosofía, como los maestros de tal ciencia sean generalmente blanco de iras y cóleras varias por sus porfías y contradicciones con los sacerdotes de todas las iglesias y con los fieles de todas las sectas, despachábase á su gusto, no sólo maldiciendo de las ideas filosóficas, atormentando á los filósofos en sus personas y en sus vidas. «Todo me lo creo permitido, después que mi gran maestro Hegel me ha demostrado ser yo un dios en carne y hueso.» «Dicen que Schelling da hostias en Munich; las da, pero son hostias envenenadas.» «Por el paraíso de los luteranos extremos los girasoles son pasteles y las aves descienden á vuestro paso cocidas y trufadas, con la salsera en el pico.» Pues un sofista de tamaña ligereza, burlándose á la continua de todos los pensamientos que animan los problemas sociales, hasta en política, pensaba con amor y mantenía con una elocuencia helénica y una gracia verdaderamente aristofanesca, digna de los primeros libelistas, una gracia como la inmortal de Camilo Desmoulins, todos los principios liberales y democráticos en su combate á muerte con la tiranía histórica y con los odiosos tiranos. «Tenemos en Alemania treinta y cuatro reyes, exclama, y le llamamos patria, ¡oh estultos!, á la tierra que á ellos pertenece por derecho divino.» Jamás diré yo que fuera un estadista Heine, hasta en política era un vidente. Faltábale por completo la mesura ó medida de las cosas reales con la circunspección ó arte de mirar alrededor que caracterizan los verdaderos políticos; y le faltaban estas condiciones segundas y subordinadas, porque poseía las primeras y creadoras, la sensibilidad despierta, la intuición profética, la llama de una pasión eterna, el relampagueo de ideas, cuyo esplendor aumentaba la sombra en que solía por hábito envolverlas, el arte de hallar analogías entre los objetos más dispares, todas las dotes y calidades constitutivas del algo misterioso é indefinible á que llamamos genio.

Y no siendo un verdadero político, aparece como profeta en política. Él anunció la unidad alemana con grande anticipación, y hasta la sangre que habría de costar el triunfo de principio tan acariciado por todos los verdaderos alemanes. Él describió, antes de que sucediera, con toques apocalípticos la invasión prusiana en Francia. Él, estipendiado por los políticos franceses durante toda la monarquía de julio, anunció en tales correspondencias, pagadas por esta monarquía, el advenimiento de la República, según adivino en febrero del cuarenta y ocho. Él dijo cómo las monarquías estaban en el caso de avanzar tanto que tendrían ministros republicanos y cómo las Repúblicas de retroceder tanto que tendrían ministros y gobiernos monárquicos, necesitadas las segundas de frenos como las primeras de impulsos. Alma en verdad múltiple y varia el alma de Heine. Pero, con toda esta variedad y toda esta ondulación, alma en verdad de poeta. ¡Hombre singular éste! Los franceses, que le quisieron y admiraron mucho, no le pueden perdonar fuese alemán de nacimiento; no le pueden perdonar los alemanes fuese francés de adopción. Sin embargo, su alma tenía universalidad propia de la raza que ha dilatado con sus profetas, ya oradores, ya generales, el religioso culto á la idea monoteísta. Por tal virtud comprendía nuestro Romancero popular y nuestro milagroso teatro como un español; hablaba de Shakespeare cual pudiese hablar el inglés más entusiasta por su patria; se extasiaba, de igual suerte que los historiadores lusitanos, ante las octavas de Camoens; adolecía de la vaguedad germánica, uniendo á los pensamientos profundos claridades latinas; y con todos estos caracteres objetivos que le hubieran hecho idóneo para una epopeya humanitaria y filosófica, cual aquella producida por Goethe mismo en la segunda parte de su *Fausto*, aparece, buen semita, el más subjetivo poeta de nuestra poesía lírica y el más apto para sugerir ideas y creencias, no obstante podersele llamar el Burlador de la idea, como se llamó al calavera D. Juan el Burlador de Sevilla, y sugerir estas ideas y estas creencias por su genio y su estilo, cuando quiere volar á lo sublime con alas de verdadero poeta. Germania no gusta de Heine, pues cree haber sido maltratada cruelmente por su acerba sátira, como Inglaterra no gusta de Byron, pues cree haber sido maltratada en sus tradiciones y en sus costumbres por este gran poe-

ta; mas con todos sus defectos, los dos genios pertenecen á la humanidad é ilustran sus anales.

Y puesto que discurrimos de poesía germana, también debemos discurrir de música germana un poco, en estas revistas, donde pretendemos reseñar de manera sumaria el movimiento general de la idea contemporánea. Extravagante para su tiempo Heine; más extravagante aún para nuestro tiempo el célebre filósofo Nietzsche. En tiempos de fe viva, como eran los tiempos del germano Heine, oponía éste sus dudas burlonas á las creencias generales; y en tiempos de concentración social, como son estos nuestros tiempos, opone al socialismo instintivo contemporáneo un filósofo germano, Nietzsche, individualidad exagerada, salvaje casi, muy parecida con la puesta por nuestro divino Calderón de la Barca en su Segismundo de *La Vida es sueño*. Así pues, la estrella, que guiaba en sus disquisiciones al filósofo, enloquecido por su desgracia y nuestra desgracia, en el período, no ya de su florecimiento, de su madurez, y el objeto que acariciaba, como finalidad entera de su espíritu y materia capital de su inteligencia y de su esfuerzo, era el requerimiento de un supra-hombre, derivado del reino humano, como el hombre, según los naturalistas más conspicuos, no resulta otra cosa en el orgánico mundo que un supra-hombre derivado del reino simio. Y para contribuir á la formación de tal arquetipo, el supra-hombre, destinado á transformar la especie humana en especie sobrehumana, quiso valerse Nietzsche del arte más comprensible para todos, del arte músico. Y con efecto la poesía con la música se relaciona en igual guisa y de igual suerte que se relacionan las notas del pentagrama con los colores del prisma. El *Guillermo Tell* de Schiller sirvió al poema lírico de Rossini; el *Fausto* de Goethe al poema lírico de Gounod; la célebre novela de Walter Scott al poema lírico de Bellini los *Puritanos*; la maravillosa producción del duque de Rivas *Don Alvaro*, al poema lírico de Verdi: el único excelso compositor, poeta y músico al mismo tiempo, que ha puesto en nota sus propios dramas, ha sido el inmortal Wagner, cuyo genio se proclama hoy por todos en razón de lo mucho que costara el reconocerlo y el admitirlo entre los genios primeros y más altos de la especie humana dentro de su desarrollo total. Pues bien: quiso Nietzsche recurrir al músico-poeta por excelencia para cincelar el supra-hombre futuro y producir así un alma individual perfectísima, capaz de servir en lo sucesivo para generar la especie sobrehumana, que apercibe la filosofía hoy, que recogerá mañana la historia. Con razón, pues, fué por mucho tiempo Wagner el ídolo de Nietzsche. La universalidad de ideas manifestada en su *Tannhauser* y el corte artístico de su *Rienzi* prestaron al pensador la esperanza de que serviría el músico para la producción del prototipo á que se ajustará la especie sobrehumana, que, remontadísima en su sistema nervioso por la ópera y la poesía, tendrá el arte y la ciencia por su religión, el globo entero sometido á su voluntad por templo, y por esperanza el cielo de lo ideal sembrado de luminosos pensamientos. Mas como quiera que se mostrara Wagner, tras la guerra franco-prusiana, en su *Parsifal* católico reaccionario, en su *Oro del Rin* patriota exclusivista, en su vida cortesano devoto de los reyes, Nietzsche maldijo su genio y puso el alma de tan grandioso compositor en el infierno de la reacción, anatematizada por el progreso indefinido y universal que convertirá el hombre de ahora en el supra-hombre futuro y la especie inferior derivada del simio en una especie superior derivada del hombre. Hay entre los animales de nuestra especie hombres tan desmesuradamente crecidos y avanzados en la escala progresiva del ser, que rompen los misterios con sus cabezas metidas por los altos espacios del silencio y las tinieblas, haciendo agujeros de luz en la obscura inmensidad. Así Carlyle, tan sublime, lo cree. Nietzsche imaginó un día que Wagner á esta clase de hombres perteneciera; mas viéndolo tan patriotero y tan fanático, lo echó de su iglesia para siempre y hasta rompió una fraternal amistad de muchos años con él, amistad cuyos tiernos y mutuos afectos fueron como una verdadera dicha y un honor verdadero de ambos. Y siendo tal obra de progreso humano suspendida por la muerte ó la insuficiencia de Wagner y por la triste locura de Nietzsche, un poeta compositor alemán quiere continuarla, escribiendo poema sinfónico titulado el *Suprahombre y la Sobrehumanidad*. Dios lo prospere como no quiso prosperar á sus dos predecesores; mas entienda y sepa que la torre de Babel permanece desmochada y Nabucodonosor embrutecido permanece, y por el suelo Icaro; pues no se deben traspasar los límites señalados al género humano, sin caer en la demencia y en la muerte.

San Sebastián, 24 de julio de 1897.



ANTONIO VICO

Salió de aquellas compañías que ya pudiéramos llamar *antiguas*, porque en este siglo el tiempo corre más de prisa que en otros. Fué en sus principios el cómico de provincias, traído y llevado, baquetado por la necesidad y las exigencias de entonces, haciendo cada noche un drama distinto, en Valencia hoy, mañana en Zaragoza, este invierno en Alcoy, el verano en Cádiz.

Era un galán joven muy buen mozo, muy guapo, muy gracioso en la conversación, como lo es hoy todavía. Popular entre los suyos, y aplaudidísimo del público.

Hizo, desde los veinte años hasta los cuarenta, todos los galanes de las obras que tanto le gustaban á la generación de los frailes y de los milicianos nacionales. Mucho de *Flor de un día*, y de *Carlos II el Hechizado*, y del *Zapatero y el Rey* y de *Don Juan Tenorio*.

Gustaban entonces los desplantes y las grandes tiradas de versos de las comedias de capa y espada. Esos parlamentos que duran un cuarto de hora y al fin de los cuales *inevitablemente* el público aplaudía. Pero á él le gustaba más en aquella primera época de su carrera escénica el género cómico. Hubiera sido un actor cómico á lo Fernando Ossorio. Pero el hombre no es más ni hace más que lo que las circunstancias quieren que sea.

Muchos años pasó rodando de teatro en teatro hasta que vino á Madrid, porque Madrid tenía tres grandes actores que no cedían ni podían ceder el puesto á nadie; Romea, Valero y Arjona.

*Todo pasa, sólo Dios es eterno*, decía Santa Teresa. Los dioses mayores de la escena fueron envejeciendo y había que reemplazarlos.

Vico era ya primer actor y director de compañía cuando comenzó en Madrid á declinar el sol de aquellas celebridades.

Antes que él vino Rafael Calvo, hijo de un gran actor, y cómico que resucitó en la villa y corte la afición del público á las obras clásicas.

Calvo y Vico eran en España los dos jóvenes que debían un día suceder á los maestros ya viejos ó muertos. Calvo se adelantó. Fué el Bautista, y el Cristo fué Vico.

Y así que llegó á Madrid y comenzó á darse á conocer, del actor que el público había oído siempre con gusto y recibido con aplauso, Madrid hizo un actor á quien le bastaron dos ó tres representaciones para conquistar á los madrileños. La consagración de Madrid es la que corona la carrera de un artista con verdadero talento; y Vico tiene más que talento: es genial.

¡Cómo hizo *García del Castañar*, *El Cid*, de Fernández y González! Los días brillantes de Valero volvieron á lucir, y el arte de la escena salió de orfandad. A los tres meses de residencia en Madrid, Vico era popularísimo; se repetían sus frases, se estudiaban sus arranques de pasión, esos momentos de genio en los cuales se transfigura y saca efectos grandiosos aun allí donde el autor no había pensado que los hubiera. Ayala le confió su *Consuelo*, y la noche del estreno hubo tanta gloria para Vico como para el gran autor, porque hizo detalles tan inesperados y tan her-

mosos, que le dió á la obra, en momentos dados, más valor aún del que tenía.

No se había visto nunca *La vida es sueño* hasta que él la representó. Hizo un *Tenorio* único, suyo, nuevo. Zorrilla me decía: «Calvo lo canta, y Vico lo encanta.»

Y luego, cuando quiso que se conocieran todas sus aptitudes, representó comedias urbanas, se nos presentó en papeles de gracioso, y en *El padre de la criatura* y *Jugar al escondite*, que yo escribí expresamente para él, el salvaje Segismundo de la obra inmortal pasó á ser el tipo cómico que sólo con moverse hacía brotar la risa de todos los labios.

Facilísimo en estudiar, y aun más fácil en apoderarse del carácter de un personaje sin necesidad de que el autor se lo explique, parece que adivina la interpretación. Y en el arte de arrancar lágrimas al público ó de levantarle del asiento con una sola frase, no ha habido después de Romea y Valero quien le iguale.

En todos los teatros de Madrid ha tenido el primer puesto, y en todos ha acudido el público á verle, porque hay entre el público y él verdadera *intimidad*. No hace mucho que, prendado del papel de *Juan José*, vino á Madrid expresamente á representarlo, después de llevar la obra cientos de representaciones, y durante un mes tuvo lleno el teatro y le sacó al papel doble partido. Aquel último acto hecho por él no se olvidará nunca.

Artista hasta la medula de los huesos, este actor único podría ser millonario si su carácter no se opusiera á ello. ¡Contar! ¿Hay algún gran artista que sepa contar? Y él menos que ninguno. Para él los duros, las onzas, no son onzas ni duros; son fichas, una cosa que se gana hablando y que se gasta después. ¿Se acabaron? ¡Vengan más fichas! ¡Y sale de Madrid y se va á Barcelona y de allí á América, y en todas partes le colman de aplausos y de dinero y siempre necesita dinero!

No es para él. Pero tiene un corazón muy grande, una familia numerosísima, quiere que todos los que le rodean vivan dichosos, no carezcan de nada, y parientes, amigos, conocidos, son familia para él, y como el cura del Pilar de la Horadada

*¡Como todo lo da, no tiene nada!*

Su manera de entender la administración es singularísima. Se va á ganar miles de duros á América y tiene que dejar aquí á aquellos seres adorados para quienes vive y de cuya felicidad es dichoso esclavo. Le da pereza escribir, y además sus cartas llegarán á Madrid muy tarde... ¿Pues para qué sirve el cable?, y Vico lo usa casi á diario y cada cablegrama le cuesta setenta ú ochenta duros. ¿Se le pone malo un actor? Le paga el médico, el tiempo que está enfermo, lo necesario y lo superfluo. Llega á Madrid, cuenta con más gracia que todos los escritores festivos sus aventuras ultramarinas, sus viajes, sus éxitos y sus mareos. Pero para contarlos bien lo cuenta comiendo... ¡y todo el mundo á la mesa! Entre hijos y ahijados y amigos, treinta cubiertos. A tal hijo le gusta tal cosa. ¡Que la compren! A tal otro no le gusta tal vino, ¡otro en seguida! No hay hombre que haya querido más á los suyos que este artista, cuyo destino es trabajar sin reposo hasta que se muera por dar gusto á todo el mundo.

No hace mucho me escribía desde Jerez una carta en versos facilísimos, llena de tiernas intimidades. «El negocio no va bien; escíbeme en seguida uno, dos, tres ó cuatro monólogos, porque he resuelto hacerme todo yo solo!»

Español como pocos y patriota ferviente, cuando ha tenido que hacer obras traducidas del francés ha

pasado muy malos ratos, porque su género no es ese. Vico detesta todo lo que es extranjero. Quiso ver París, pensó pasar quince días y se volvió á los ocho. Como el poeta Zorrilla, á quien tan admirablemente interpreta, todo lo que no es español le repugna. «¡Qué lengua!, decía al volver de Francia. ¡En esa lengua no se pueden decir cosas de Calderón y de Zorrilla!»

Ya va para viejo, pero no dejará de hacer comedias mientras viva. Molière murió en la escena, y á él puede sucederle lo mismo. Cuando empezó su carrera en Madrid con *La muerte civil*, decía Revilla: «¡El que sabe morir así no debía morir nunca!» Y añadía Correa: «Y cuando se muera lo hará peor.»

Pídele á Dios que viva muchos años, porque cuando ya no sirva para galán hará unos viejos primorosos y se abrirá para él una nueva era de triunfos. Y además tendrá el encanto de verse rodeado de nietos y biznietos, y como tiene el culto de la familia será muy dichoso.

*¡Qualis artifex pereo!*, dijo Nerón en el momento de expirar.

Y este grandísimo artista, que de Nerón no ha tenido nada, podrá decir lo mismo.

EUSEBIO BLASCO

## ESPERANZA

### LEYENDA VENEZOLANA

— ¿Por qué esa nube de tristeza que empaña todas las alegrías de tu cara, toda la hermosa luz de tus ojos y la sonrisa de tus labios tan rojos y la expresión de gloria de un semblante tan angelical como el tuyo?

— Porque me temo haberlo perdido para siempre, y si hubiera sucedido tal cosa se me habría despedido el mundo, habría estallado en mil pedazos mi corazón y se habría sumergido mi alma en el martirio de una vida de acerbo dolor y agonía constante, sin más término que la muerte.

— ¡Jesús! No parece sino que no tienes á nadie más en el mundo, ni una madre amantísima como yo que diera por ti cien y cien vidas y cuanto tuviese, y un padre que tanto te quiere y es el orgullo de tu patria en estos momentos, mientras que ese español...

— Sí, madre mía, cuanto tú digas está bien, cuanto tú quieras está bien dispuesto; pero no vayas á decirme una palabra en contra suya, ni mucho menos en contra del amor que nos profesamos y que está por encima de todo.

— ¡Esperanza!..

— Ay, perdóneme, madre mía, perdóneme; yo estoy ciega, desesperada. Yo te quiero también á ti mucho, pero me ahoga la pena, y me domina y me subyuga y manda en mí el cariño que le tengo á ese hombre.

Y diciendo esto en un transporte de frenética pasión, al mismo tiempo que le brotaron de sus hermosísimos ojos dos gruesas lágrimas, caía en los brazos de su madre aquella encantadora criatura, aquella venezolana de raza, con todo el fuego que he ponderado tantas veces de los países americanos.

Aquella interesante mujer, que acababa de cumplir veinte años, era la hija de una de las figuras más respetables y que se hallaba rodeado de más aureola en la época en que Simón Bolívar hizo frente á España y procuró entre otros proclamar la independencia de Venezuela.

Apellidado el libertador, el general Guzmán Blanco creó para honrar su memoria una encomienda llamada del *Busto del Libertador*, que se concede á los hijos de aquel país que por algo se han distingui-

do y también á los extranjeros que por servicios prestados al mismo se han hecho acreedores á recompensa tan preciada que reducido número de personas tienen hoy en Europa. Aparece en el anverso esmaltado el busto de Bolívar de gran uniforme, y en el reverso un sol irradiando sus rayos en derredor. Lleva cinta con los colores de la bandera de Venezuela, celeste, rojo y amarillo.

Los españoles se batieron con bizarría, como siempre; pero faltos de gente, de recursos y de caudillos, no consiguieron contrarrestar el empuje de todos aquellos países de América que se habían levantado en armas como un solo hombre y luchaban con una fe, con un entusiasmo y con unión tan inquebrantable que les hacía poderosos y semejaban dura avalancha que se venía encima clavando sus enseñas, á costa de luchas reñidas y en medio de torrentes de sangre, en los terrenos de que se iban haciendo dueños.

Entre los muchos españoles, que al igual de los americanos hacían prodigios de valor, se hallaba un apuesto oficial, que honraba con sus repetidas hazañas la tierra en que había nacido y en cuyos dominios iba á ponerse al cabo de tantos años el sol, aquel sol que había alumbrado con sus rayos nuestra bandera en la Alhambra, nuncio de engrandecimientos para España que ensanchaba sus territorios allende los mares, poco después de haber vencido á la media luna en su último baluarte.

El oficial que formaba parte de las tropas reunidas bajo el mando supremo del virrey Sámano, había conocido en Caracas á una venezolana de extraordinaria belleza y de un encanto mayor si era posible que ésta, y se había enamorado de ella.

La hemos visto hace un momento con su madre, en el alegre patio de su casa, lleno de flores, en una hermosa noche de luna espléndida que plateaba su interesante rostro criollo.

Excusamos por lo tanto decir si á la joven le había parecido bien el gallardo militar español y si todas las hazañas del mundo habían de parecerle poca cosa al lado de las que acometía el elegido por ella como dueño de su vehemente corazón.

Tiempo hacía que Esperanza había perdido la de ver á su amado, y mucho tiempo hacía igualmente que éste había perdido también la esperanza de que sus ojos volviesen á cruzar su mirada con la brillante y atrayente de su amada.

Pero dicen que la esperanza es lo último que hay que perder, y el oficial español, en esto pensando, pensaba en ella y no se desalentaba.

Para esta relación importa saber que se llamaba Fernando y servía á las inmediatas órdenes de un esforzado capitán. Pertenecía á una ilustre familia y se había distinguido siempre por su caballerosidad y su inteligencia, además de haber acreditado, como antes hemos dicho, un heroico valor en reñidos combates.

No perdimos nuestras posesiones en la América

del Centro, del Norte y del Sur sin librar batallas muy grandes, sin disputar al enemigo el terreno, á pesar del valiente empuje de su resuelta acometida, que luchaban como leones aquellos hombres ávidos de conquistar la independencia de su país á toda costa, sacrificando para ello sus haciendas, sus hijos, sus vidas; todo en una palabra.

Maya y Barreiro y tantos otros, entre los que se hallaba Fernando de Alvarez, á quien tanto quería Esperanza González, la hija de uno de los principales agitadores venezolanos, tan respetado por todos los suyos.

Se había empezado la contienda y continuaba con más empeño cada vez por ambas partes.

De nada sirvió el audaz golpe de mano de San Just entrando por sorpresa con sólo cuarenta caballos en una población como Barcelona, defendida por mil combatientes, aunque mal armados y desalentados los más, que fueron batidos en las calles de aquel puerto, al que se puso el nombre de la ciudad condal en recuerdo de esta victoria.

San Just, sin fuerzas que le ayudasen, sólo pudo llevar á cabo aquel hecho glorioso sin resultado, porque repuestos los defensores de Barcelona, volvieron á ser dueños de ella, rechazando después los ataques que se intentaron por nuestras tropas.

En la defensa que hicieron de Barcelona los españoles murió de una manera gloriosa el comandante D. Francisco Maya.

Venezuela en masa se había levantado en armas contra la madre patria. Por todas partes pululaban partidas; por Barinas, por Cumaná, extendiéndose hasta Quito, Popayán, Tunja, Neiva, Chocó, Antioquia y Honda, hasta los mismos territorios de Santa Fe.

Una acción memorable se libró en un pueblo distante cinco leguas de Nutrias: *La Cruz*.

*La Cruz* fué teatro de una de las jornadas más sangrientas de aquella guerra entre las fuerzas españolas mandadas por Durán y las venezolanas por Páez.

A las órdenes de Durán se batió con su gente con mucho brío Fernando de Alvarez, con tanto que herido y todo, de tal manera se metía en las filas venezolanas que fué hecho

prisionero, no sin que en aquel momento atravesara el pecho de uno de los más esforzados adalides que iban con Páez.

La lucha fué por extremo encarnizada desde aquellos momentos.

Páez perdió toda su infantería, y los setecientos jinetes que llevaba echaron pie á tierra y hubieron de batirse con las lanzas.

A Durán le quedaron sólo setenta hombres, y de éstos la mayor parte heridos, y él mismo tenía un brazo atravesado por dos balazos. Fuera de combate los oficiales, tomó el mando un cabo que se portó con un denuedo de que no hay ejemplo quizá en todos los anales de nuestras guerras.

Peleó como un soldado y como un jefe; con tanto arrojo como pericia.

— No hay más remedio que fusilarlo, é inmediatamente. Ha matado á Juan Díaz. No es sólo un prisionero. Nos ha arrebatado á un hombre que tanto valía.

— Se condujo como un valiente en la jornada y le



Convaleciente, cuadro de R. Fontana

Y de España no se enviaban refuerzos, siendo completamente necesarios y con urgencia, que de no ser atendida, y esto sí que era quizá imposible, era todo empeño poco menos que inútil.

Había llegado para nosotros el momento de la fatalidad, como antes habíamos tenido el de las prosperidades. Se derrumbaba aquel inmenso poderío que teníamos, íbamos á perder aquellos ricos y florecientes países de América. Se nos venía el mal encima sin que fueran parte á contrarrestarlo, ni mucho menos á detenerlo, los elementos con que contábamos en aquellos apartados países, mucho más distanciados entonces por lo imperfecto y lo difícil de nuestras comunicaciones con ellos.

Simón Bolívar organizaba y mandaba ya fuerzas considerables en la América del Centro que fueron muchas veces á la victoria, disputada con verdadero y extraordinario heroísmo por los soldados españoles, pero conseguida al fin y al cabo por las fuerzas rebeldes que entre otros caudillos notables tenían á Páez, Urdaneta, Valdés, Zarasa y Bermúdez, como nosotros á los esclarecidos jefes Durán, San Just,



LAVANDERAS GALLEGAS, cuadro de Segundo Matilla (Salón Parés)

mató cara á cara, eso sí; en lucha personal, noble, franca, en defensa de su existencia y por la bandera de su país.

— Pero no hay remedio. Se hacen precisos ya los escarmientos y sobre todo los castigos. A ese español hay que darle un castigo ejemplar.

— ¿Aunque las represalias se acentúen?

— Pase lo que pase.

— Me habían inspirado simpatía su valor y su gentileza.

— A mí también; pero es preciso hacer lo que va á hacerse. Y á no perder tiempo.

— A usted, González, se le encarga de su custodia. En usted fiamos.

— Ya pueden hacerlo, contestó con acento firme el padre de Esperanza, que no era otro el que hablaba.

Todo se hallaba dispuesto ya para el fusilamiento de D. Fernando de Alvarez; pero ¡cuál no sería la sorpresa de los de Páez cuando se supo que el prisionero se había fugado, protegido por alguien que estuviera muy cerca de D. Carlos González ó á quien se respetara por su gente, y desde luego hubiese podido llegar hasta el sitio en que se hallaba el español, bien custodiado, como todos los reos de muerte lo están!

Había ocurrido algo extraordinario, y así era en efecto. El prisionero había sido puesto en salvo, pero la persona que tanto se había interesado por él, una vez que así lo había hecho, aprovechando un momento de descuido de Fernando de Alvarez, había desaparecido de su lado rápidamente, saliendo en el mismo caballo que les había servido para la fuga.

Era Esperanza, que con una orden falsa de su padre, y á pretexto de que éste le llamaba para una entrevista reservada de suma importancia y urgencia que adonde él estaba tenía que celebrar con el reo, hacía que lo llevaran á su presencia. De lo demás se encargó Esperanza. Con gente suya fué la falsa orden, y ella, merced á la obscuridad de la noche, se encargó en persona de la evasión de aquel preso que tan aprisionada tenía su alma.

¿A qué volvió Esperanza? A salvar á su padre de cualquier modo y á todo trance. Confesándose desde luego autora de la fuga de Fernando de Alvarez, probando la inocencia de su padre, impetrando perdón para la falta que ella había cometido, si era posible, ó entregándose en último término para responder de sus actos con su vida, inmolándola satisfecha por haber salvado la del oficial español.

Por rápida que fué su vuelta adonde se hallaban los suyos, no lo fué tanto que pudiese impedir la muerte de su padre, que trató de evitar aquella apasionada mujer con su presencia en aquel sitio.

Tachado ya de simpatías hacia el reo, fué inútil toda reivindicación, disponiéndose que á la misma hora en que debiera ser fusilado el oficial español, lo fuera D. Carlos González, sin más demoras ni apelaciones ni sumarias.

En el momento mismo en que Esperanza llegó, presentóse ante ella un horrible cuadro; el que formaban los encargados de fusilar á un reo, en quien reconoció inmediatamente á su padre aquella desdichada mujer. Verlo y sonar en aquel instante la terrible descarga que le hiciera rodar por tierra, todo fué obra de un instante.

Esperanza, fuera de sí, se arrojó sobre el expirante cuerpo de D. Carlos González, descajada, lívida, con sus hermosos ojos llenos de una expresión singular, extraviada la vista y lanzando un ¡ay! de dolor infinito, desgarrador, espantoso, horrible.

Cuando fueron á separarla del cadáver, reía, lloraba, y palabras incoherentes y sollozos y carcajadas se escapaban de aquellos labios tan sonrosados y tan bellos y de aquel pecho virginal tan enamorado.

Había perdido la razón.

Para el pobre Fernando ya no fué más su amor que un desvarío, pero consagró su vida á seguir adorando á su loca Esperanza hasta que la perdió el desdichado, sobreviviendo poco tiempo á su inmensa desgracia.

P. SAÑUDO AUTRÁN

## EL INFIERNO

Cerca de una semana llevaba el Sr. Rufo agonizando (que ni para morir fué ligero), y Satanás con impaciencia por que acabara mirábase con expresión codiciosa, sentado á los pies del angostísimo catre, como perro que hambriento aguardara su presa. Pero el espíritu no podía separarse de aquel cuerpo aunque se le ofreciera la gloria, y no por el mucho amor que el uno al otro se tuviesen, sino porque el señor Rufo era un montón de carne nada más, en el que nunca habían entrado los rayos de la divina luz.

Ocurrióse por fin esto al demonio, y soltando la risa, dijo, asiendo por los pies al paciente:

— ¿Qué separación de cuerpo y alma espero, si éste ha vivido siempre sin alma? Carguemos con los huesos y con la piel, porque carne nunca tuvo gran cosa y ahora apenas le queda, y vuelva á los infiernos, de donde vino.

Dicho esto, se echó áuestas aquel cuerpo viejo y enjuto, los pies hacia adelante y la cabeza á la espalda; filtróse con él á la calle por entre los barrotes de la reja, y á la vez que un relámpago rojizo daba luz á la noche, se remontó desde el arroyo, espantando á las muchas comadres que en espera del suceso de aquella muerte formaban corrillos en las aceras.

Pasado lo más grande del susto, convinieron todas en dar aviso á la autoridad, y ésta, después de muchas pesquisas en la casa y algunas fuera de ella, hizo inventario de los muebles, que no eran muchos (el catre, una silla coja y una mesa inválida); halló en el sótano una buena cantidad en onzas de oro que, según alguien dijo, no figuró en el inventario, y testimonió que el diablo se había llevado al Sr. Rufo, lo que fué causa de conversación durante mucho tiempo en el barrio de las Peñuelas, allá por los fines del pasado siglo en que esto ocurría.

Entretanto caminaba el demonio, no tan aprisa como quisiera por el peso del Sr. Rufo que, aunque seco, estaba relleno de pecados; y como la marcha se hacía de más fatigosa, tuvo necesidad de algún alivio, por lo que se desembarazó del vejete, quien, tras una graciosa voltereta, quedó sentado sobre el pico de una negra nube y Barrabás á horcajadas en otra.

— Créfate más listo, dijo entonces al diablo el señor Rufo. Si lo fueras, te ahorraras el trabajo de llevarme, porque conozco de tal modo el camino, que por él he marchado desde que nació.

— Eso es verdad, díjole el demonio; pero no me fío de ti, porque aunque tan mío eres que no parece sino que te engendré, no me quieres gran cosa.

— ¡Que he de quererte yo, si yo nunca he querido!

— Mientes, gritó el diablo, puesto que por amor al dinero hiciste cuanto malo hiciste.

— Te confirmo de mentecato de aquí para adelante. ¿Dices que por amor? Por odio al dinero di, y aciertas, que le traté como á enemigo. Moneda que agarraron mis manos nunca volvió á la luz: presa estuvo en el sótano de mi casa. Ni sirvió para nadie ni para mí; he sido secuestrador del oro, y no dirás que quien secuestra ama al secuestrado.

— Ahí te esperaba, y mira cómo amaste: te amaste á ti mismo, porque con tus maldades te proporcionabas placer.

— ¡Qué placer ni qué niño muerto! Te digo que eres más torpe que un demonio. Si no he disfrutado con el dinero ni de lo que él produce, ¿qué amor ni qué ocho cuartos me tenía? Y si conocí que cuanto hice me llevaba á la condenación, y lo hice con saberlo, ¡digo si mi amor hacia mí sería grande!

El demonio, que no parecía sino que trataba de atenuar las maldades del Sr. Rufo como si algo le fuera en ello, pensó un poco, y díjole entonces:

— No me negarás, aunque te obstines, que has producido algunas alegrías, y que, por tanto, has hecho algún bien, aunque no lo hicieras por hacerlo.

— Habla, que aseguro que me maravillas.

— Sí que hablaré, aunque de esa manera te burles. ¿Qué oficio tenías en la tierra?

— Usurero, para servirte.

— Luego si prestabas, aunque fuera con interés, á diario remediaste la necesidad de los que solicitaban el préstamo.

— Delgado hilas, pero de continuo con torpeza. ¿Dirás por ventura que se quiere al cerdo porque se le da de comer? O mejor aún: ¿tiene cariño el cazador á la fiera si buena presa le abandona á fin de que se acerque, ó á los peces el pescador porque les deja el cebo á cambio de que piquen? Abajo sólo produje maldiciones, ¡conque mira cuánto bien habré hecho!

Callóse de nuevo el demonio, y como no se le ocurriera nada que argüir, díjole como si de la maldad se espantara:

— Con verdad te digo que no he visto hombre alguno más malo que tú. Pero ¡calle!, exclamó de pronto. De esta no te me escapas. Al infierno quieres, puesto que desde que naciste le buscas.

— ¡Claro! ¡Como que me agrada que me tuesten!

— Entonces te agrada lo contrario. No me niegues que querías á quien te salvara.

— No tengo amor á la gloria ni tampoco al infierno, porque á nadie le es posible amar aquello que no le proporciona gusto. A mí en el cielo, por muy bien que me fuese, me parecería que no me iba bien, porque la envidia de lo que gozaban los demás, que siempre creería superior á lo que yo gozase, anularía mi gozo. ¡Pues digo si he de disfrutar en los infer-

nos! Sobre la pena de mis martirios tendré la de que los demás los tienen menores; que esto ha de parecerme por grandes que ellos sean.

— Anda, anda, dijo por fin el diablo, que con ser Satanás lo peor, aún se espanta de ti.

Y embistiéndole de improviso, le desequilibró en el asiento, y el Sr. Rufo vino hacia el abismo de cabeza, seguido muy de cerca por Barrabás.

— ¡Alto!, gritó éste cuando vió que llegaban, y ambos se detuvieron.

Miró el Sr. Rufo á todas partes; pero estaba aquel sitio tan oscuro, que no viera aunque se apuñeara los ojos; aplicó los oídos y nada oyó; y como él suponía que se hallaba ya muy cerca del infierno ó en el infierno mismo, extrañóle el silencio y la obscuridad. Creía que los gritos de tantos condenados serían tales que atronarían el espacio en muchas leguas á la redonda, y que las llamas para tostar á tanta gente iluminarían hasta muy lejos.

— Dime, le dijo al diablo, ¿estamos ya?

— ¿Pues no lo ves?, le contestó el demonio.

— ¿Cómo he de ver á oscuras?

Acudió entonces el diablo á la necesidad del señor Rufo, dando un golpe en la puerta del infierno con el extremo de su cola, que ardió de pronto, y poniéndola en alto, á modo de candelero, hizo entrar al vejete en la primera sala, y él se coló detrás.

Era aquélla tan grande que no se alcanzaba con la vista su límite, y apenas se podía andar por ella: de tal modo se aprovechó el terreno para los instrumentos de martirio. Había allí horcas, guillotinas, garrotes, todos los aparatos que para suplicios hay en la tierra, y todos los que se usaron antes, excepción hecha de la cruz, que dejó de existir allí desde que fué divina.

Admiró al Sr. Rufo verse entre aquellos instrumentos que le eran perfectamente conocidos, porque siempre había pensado que en la otra vida todo sería novedad, y se le ocurrió, quizás con fundamento, que aquellas que se suponen aquí invenciones del hombre y que no tienen otro objeto que el de hacer daño, habíanle sido inspiradas por el mismo demonio.

Rodeaba cada uno de aquellos aparatos infernales una buena tropa de diablitos de los que dejaron de ser ángeles cuando, acompañando en su desobediencia á Lucifer, formaron su cohorte; pero estaban sentados alrededor del instrumento, con sus armas puestas en pabellón, como si nada tuvieran que hacer; y era así la verdad, porque lo que es condenados por ninguna parte se veían.

— ¿Dónde estarán mis compañeros?, se preguntó el vejete. Aquí sólo veo á mis verdugos.

El demonio, que entendió lo que el Sr. Rufo pensaba, le contestó sin que él le hablase:

— Anda y hallarás lo que buscas.

Con esto penetraron por un boquerón en la sala segunda, tan grande como la otra, y también atiborrada de instrumentos para el martirio; pero de estos ninguno el usurero conocía. Eran los últimos modelos, el perfeccionamiento del suplicio, y aún el demonio no se los había inspirado á los hombres. De allí, con la civilización, nos irán viniendo.

Tenían, como los primeros, su guardia, compuesta también de los ángeles caídos cuando se condenó Lucifer, y como los de la sala primera, estaban en completo reposo, porque aquí tampoco había ni un solo condenado.

— Pero ¿qué hará toda esta guardia inútil?, volvió á preguntarse el Sr. Rufo. Hasta ahora no he visto ningún hombre ni tampoco ninguna mujer, y aquí deben estar casi todas.

Y el diablo, que entendió también esto que el señor Rufo se decía, contestó sin que le preguntaran:

— Más adentro hallarás lo que buscas.

Y empujando al vejete, entróle de golpe en el tercer compartimiento. En éste había luz, aunque no mucha, porque la sala era tan grande como las anteriores, y las llamaradas ocupaban un pequeño espacio: el suficiente para que se calentaran dos calderas de no exageradas dimensiones, en las que se cocían hasta dos docenas de condenados.

— Ya veo aquí gente de mi tierra, dijo el Sr. Rufo. Pasemos adelante, que ha de haber muchos más.

Y buscó agujero, puerta ó abertura por donde pasar á alguna otra parte del infierno.

El diablo que le acompañaba le dijo al detenerle:

— ¿Adónde vas, hombre, si ya todo lo has visto?

— ¿Esto nada más es el infierno?, preguntó atónito el vejete.

— ¿Es chico, por ventura?

— No, sino muy grande. Hay aquí demonios en abundancia y sobran instrumentos de martirio; pero los condenados ¿dónde están?

— A la vista los tienes.

— ¡Imposible que no haya más que éstos! Sólo en un presidio de España hay más gente maldita.

— El mismo chasco que ahora te llevas nos hemos llevado nosotros. Cuando nació la humanidad creímos que todo espacio sería poco para contener á los malvados; por eso nos instalamos en este recinto, que ocupa todo el interior de la tierra. Llenámosle, como viste, de tantos instrumentos de tortura, pero ya ves: la mayor parte resultaron inútiles.

Oía con asombro el Sr. Rufo lo que el demonio le decía, y hasta sospechó que se burlaba; pero como el diablo no es amigo de bromas, y no había con efecto más condenados que los allí presentes, se convenció por fin y preguntó muy aturdido:

— ¿Pero cómo es esto posible? ¿Qué es necesario entonces para que los hombres se condenen?

— La respuesta es sencilla, díjole Barrabás: que sean malos.

— ¿Y qué es preciso para que sean malos?

— Pues una cosa muy difícil. Que los malos sepan que lo son, y que además no les importe.

LUIS CALVO REVILLA

NUESTROS GRABADOS

**Monumento á Wáshington recientemente inaugurado en Filadelfia, obra de Rodolfo Siemering.**— En una de las entradas del famoso Fairmount Park de la ciudad de Filadelfia se ha inaugurado recientemente este monumento, uno de los más imponentes é importantes de los Estados Unidos. Sobre una amplia base de granito está asentado un inmenso pedestal de bronce que sostiene la estatua ecuestre del Libertador. La base es de forma oblonga, mide 61 por 74 pies y tiene trece escalones, símbolo de los trece primeros Estados que compusieron la Unión Americana. En las esquinas de esta plataforma hay algunas figuras de indios y unas fuentes que representan los cuatro grandes ríos de los Estados Unidos; el Delaware, el Hudson, el Potomac y el Mississipi, y que están guardadas por animales de aquel país. En la cara del pedestal se ve un grupo alegórico de América y de su poderío, y debajo un



EL GENIO TRÁGICO, estatua de Modesto Quiles (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897)

águila teniendo entre sus garras el escudo americano: en la cara opuesta, otro grupo representa á América enseñando á sus hijos el estado de sus esclavos para que continúen la obra de la independencia destruyendo la esclavitud. A los lados dos grupos en bronce reproducen la marcha del ejército libertador y la de los inmigrantes hacia el Este. Corona el pedestal la figura de Wáshington montado á caballo y vistiendo el uniforme del ejército revolucionario. La obra, grandiosa en su conjunto y bellísima en sus detalles, honra al famoso escultor alemán Siemering.

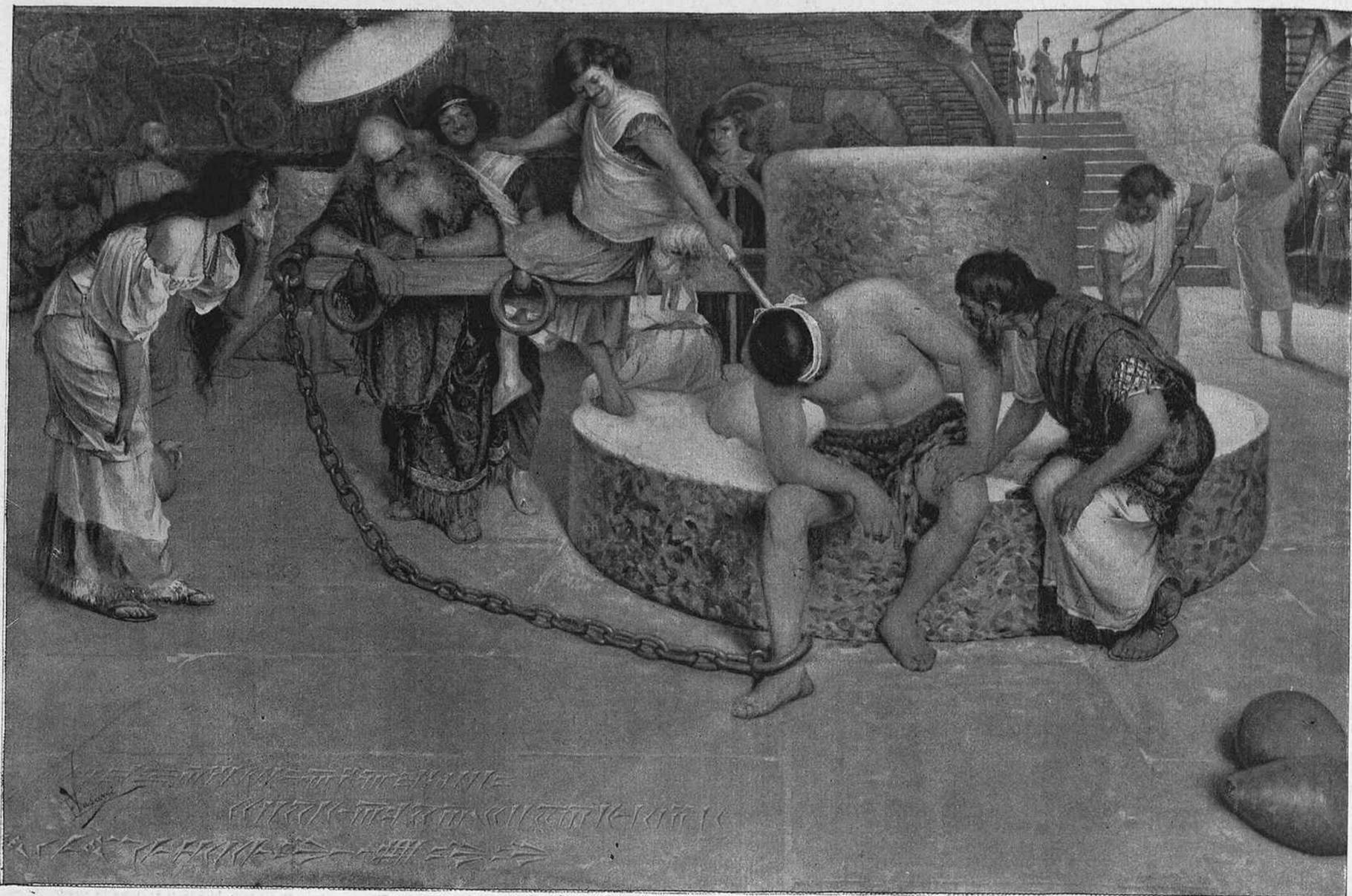
**El Genio trágico, estatua de Modesto Quiles** (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897).— Bien concebida y modelada la alegórica representación del Genio trágico, es una obra que honra al escultor alicantino D. Modesto Quiles, quien ha hallado medio para representar de modo grandioso un concepto asaz difícil, inspirándose para ello en las producciones del gran arte. Justificado resulta el interés que esta obra ha despertado y merecidos los aplausos que le han tributado cuantos han tenido ocasión de admirarla en la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada recientemente en Madrid. Por nuestra parte no escaseamos los plácemes á tan discreto artista, deseando prosiga por tan segura senda, ya que en ella ha de hallar honra y provecho.

**Mensaje de amor, cuadro de E. J. Poynter.**— A pesar de las modernas tendencias artísticas que imponen, por decirlo así, la percepción directa de los asuntos que han de servir de tema á una obra de arte, no faltan pintores notables que nos ofrecen episodios históricos de antigüedad más ó menos remota. El célebre pintor inglés E. J. Poynter, sin desdeñar los asuntos de nuestros días, gusta también de cuando en cuando de hacer sus excursiones por el pasado, produciendo joyas tan estimables como la que reproducimos, y que fué una de las que más llamaron la atención en la última exposición de la Real Academia de Londres.

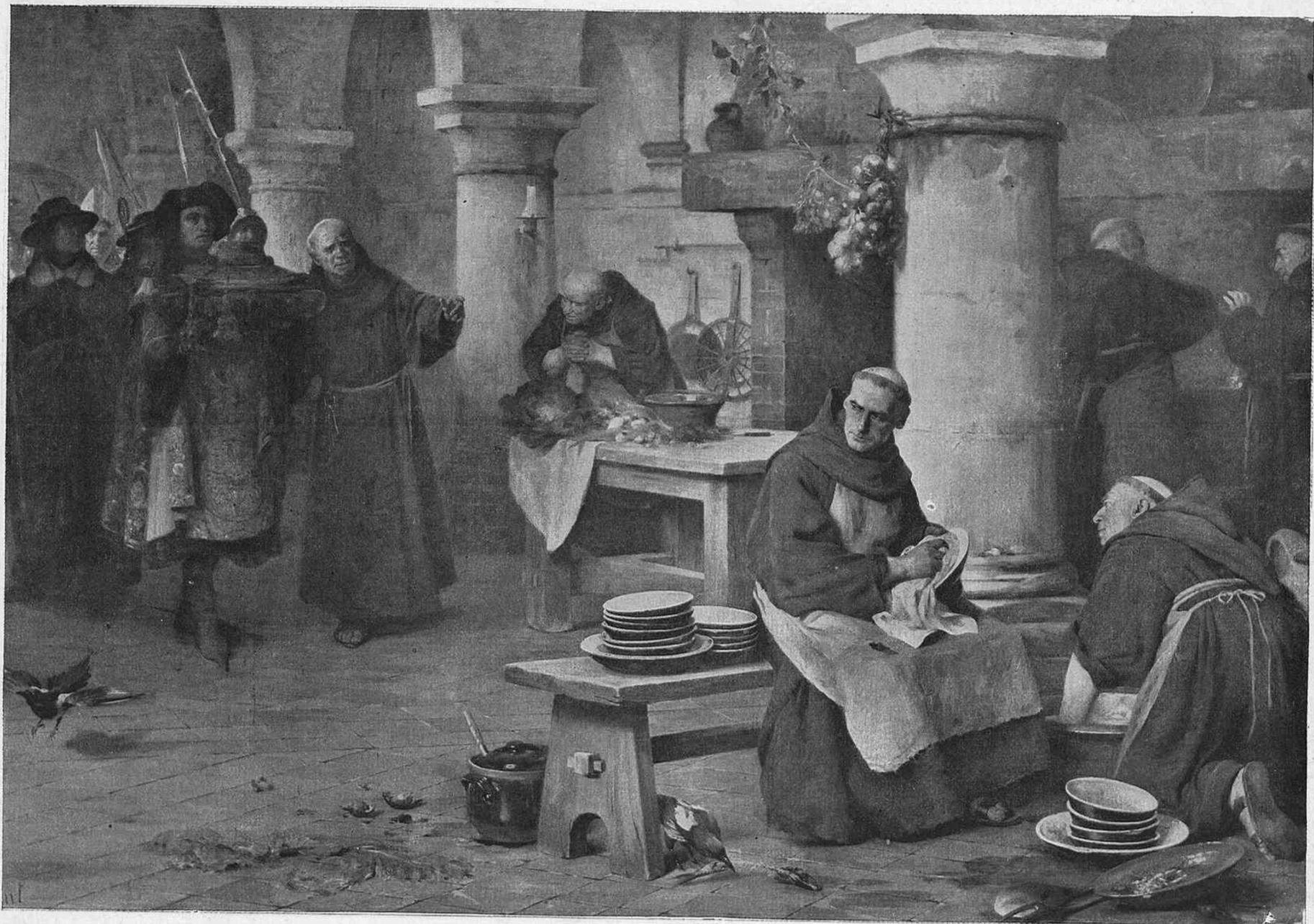
**Convaleciente, cuadro de R. Fontana.**— El que durante una grave enfermedad se ha visto próximo á la muerte y luego consigue vencer el peligro y recobrar la salud, siente algo difícil de explicar y más difícil aún de comprender para los que no se han encontrado en tal situación: las personas objeto de sus afectos, las cosas que le rodean, el mundo todo, aparecen á sus ojos con nuevos encantos: la existencia se le presenta en vuelta en alegre luz y rosados colores, y diríase que



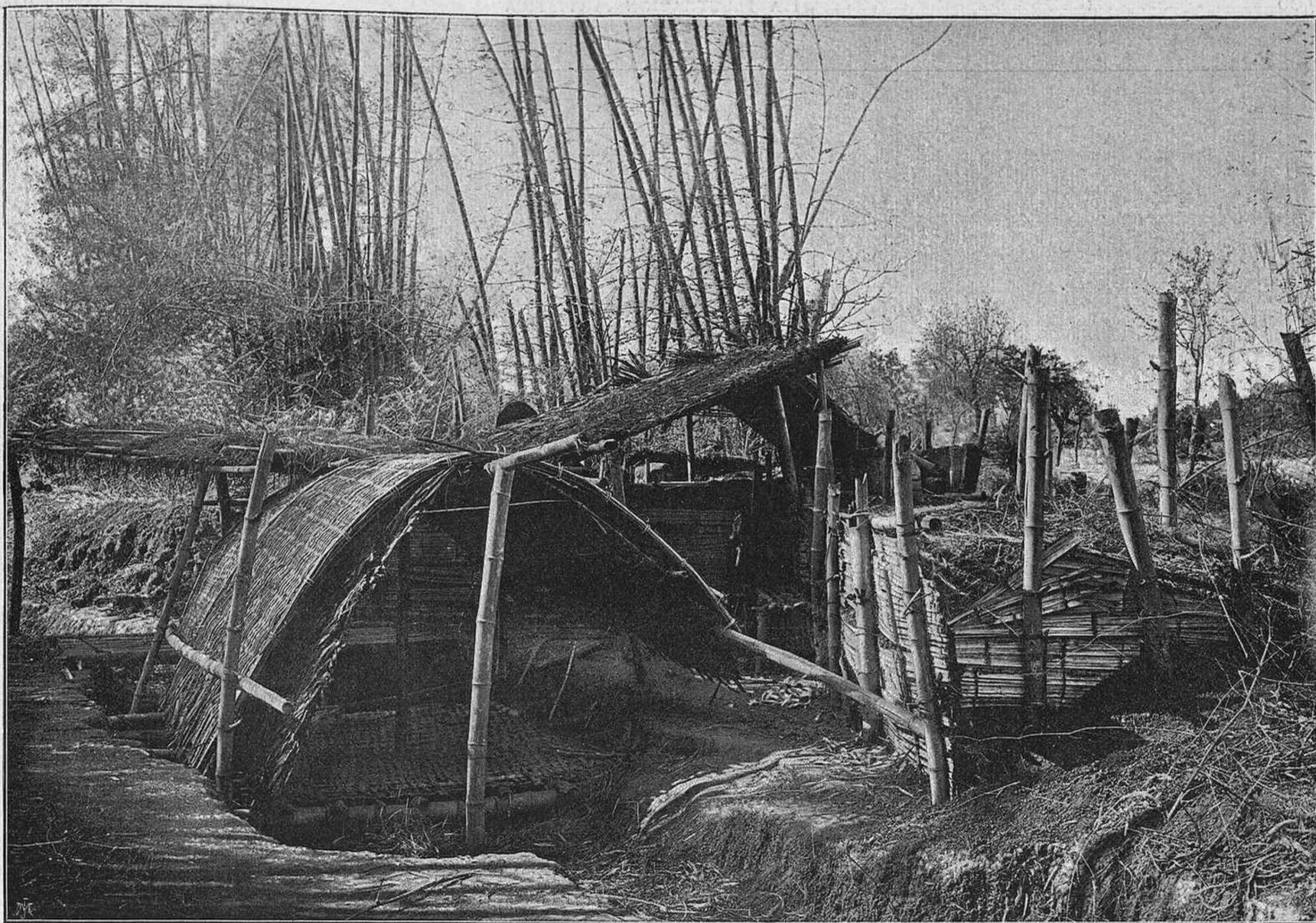
Mensaje de amor, cuadro de E. J. Poynter (Exposición de la Real Academia de Londres. 1897)



Sansón escarnecido por los filisteos, cuadro de E. Vassari (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)

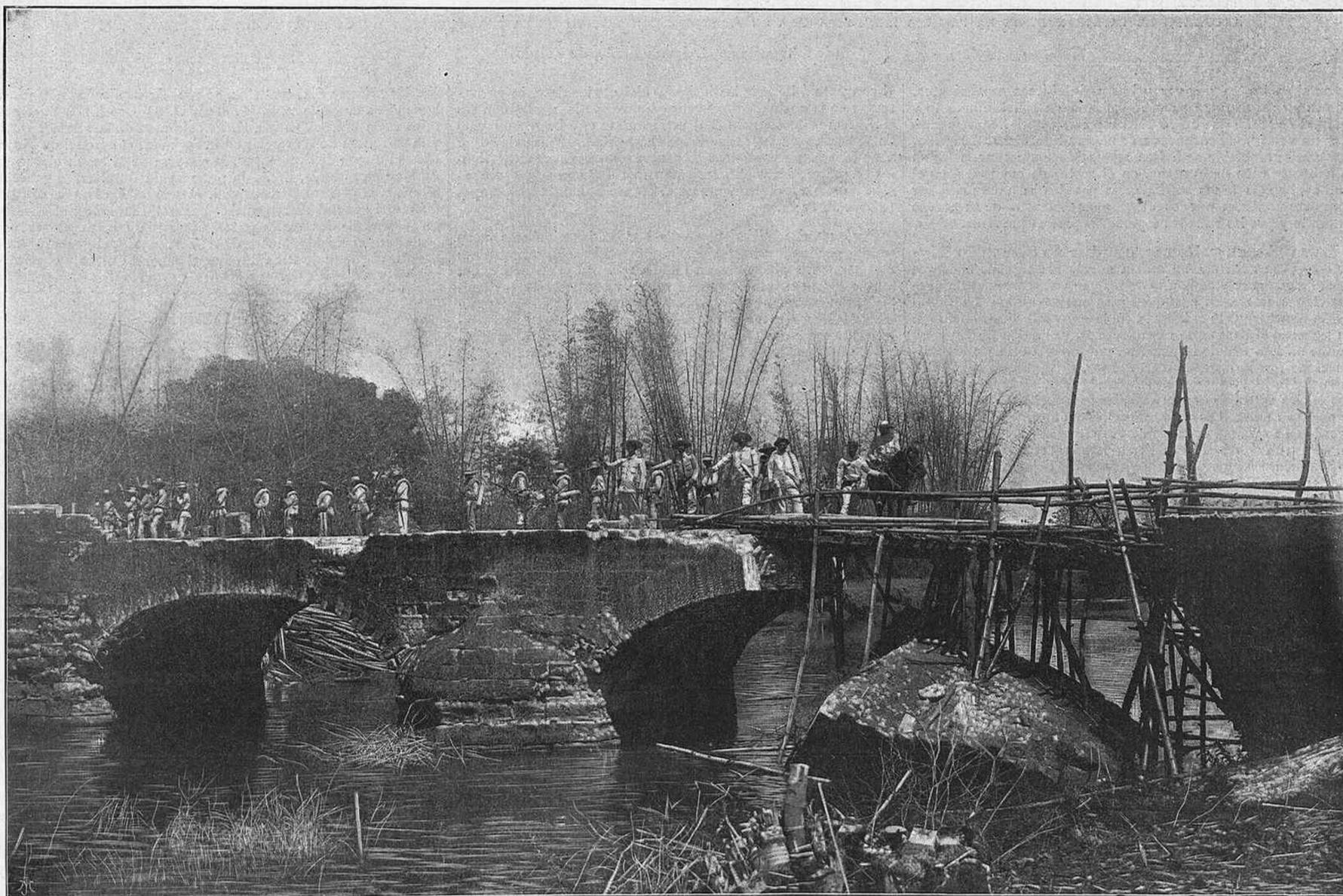


San Buenaventura en el momento de recibir el capelo cardenalicio, cuadro de A. P. Dawant (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)



Propiedad de M. Arias Rodríguez.

GUERRA DE FILIPINAS. - PROVINCIA DE CAVITE. - VISTA PARCIAL DE LA EXTENSA LÍNEA DE TRINCHERAS DE LOS INSURRECTOS PARA DEFENDER EL PASO DEL RÍO ZAPOTE (de fotografía)



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - PROVINCIAS DE MANILA Y CAVITE. - PUENTE DEL ZAPOTE SOBRE EL RÍO DEL MISMO NOMBRE CORTADO POR LOS INSURRECTOS Y HABILITADO CON CAÑAS POR UNA SECCIÓN DE INGENIEROS (de fotografía)



RECUERDO DE LA ESTANCIA DE LA FAMILIA REAL ESPAÑOLA EN ARANJUEZ CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA DE D. ALFONSO XII  
(de fotografía de D. Lucas Fraile, de Toledo)

en su alma brotan por vez primera dulcísimos sentimientos, que su ser renace, que su vida empieza en aquel momento y que todo aquello que creyó perder para siempre adquiere á sus ojos un valor hasta entonces no comprendido. Esa satisfacción, esa beatitud inefable se hallan admirablemente expresadas en la bellísima obra de Fontana, en el rostro de esa joven, en el cual las huellas de los sufrimientos pasados se hallan casi por completo borradas por los alegres sentimientos de su estado presente y por las risueñas esperanzas para el porvenir.

**Lavanderas gallegas, cuadro de Segundo Matilla.**—No es Matilla un artista novel. Ha algunos años que se dió á conocer, y cada uno de los que transcurre señala nuevas etapas, progresos y triunfos para nuestro amigo. La Exposición recientemente celebrada en la coronada villa, en donde ha figurado el lienzo que reproducimos, y el Salón de París, en donde ha sido también aplaudida y celebrada otra de sus producciones, confirman, en cierto modo, el ventajoso juicio que merece Matilla, en quien se adunan la laboriosidad con la modestia, las aptitudes con su entusiasmo por el arte que con tanto acierto cultiva. Las *Lavanderas* es un hermoso estudio, recuerdo de su última excursión á la tierra gallega, que ha logrado copiar con pasmosa exactitud. Los copudos castaños, bajo cuyo obscuro y jugoso ramaje ejercen su oficio las garridas lavanderas, metidas en el agua sus desnudas piernas; las húmedas rocas, de continuo bañadas por la corriente; los pormenores todos del cuadro, y singularmente su entonación, son fiel trasunto del natural y revelan al artista sincero que reproduce las bellezas que admira.

**Sansón escarnecido por los filisteos, cuadro de E. Vassari.**—Sobrado conocido es el episodio bíblico á que este cuadro se refiere para que hayamos de describirlo: encadenado á la rueda del molino, vendados los ojos para no dejar ver las sangrientas heridas de sus órbitas, vencido por el dolor moral más que por el sufrimiento del cuerpo, el que un día fué terror de los filisteos, ríndese ahora al peso de las burlas y de las humillaciones de que éstos le hacen objeto. Vassari, notable pintor francés, ha sabido interpretar con gran acierto esta situación, expresando perfectamente los sentimientos, así de los que hacen chacota del que antes tanto terror les inspirara, como del desdichado juez de Israel, á quien su pasión por Dalila condujo al estado en que el artista nos lo muestra.

**San Buenaventura en el momento de recibir el capelo cardenalicio, cuadro de A. P. Dawant.**—Ejemplo de virtud y de humildad fué San Buenaventura, el varón ilustre que ejerció el cargo de general de la orden de frailes Menores por espacio de diez y ocho años, durante los cuales elevó á gran altura y esplendor la religión de San Francisco, dotándola de unos prudentes estatutos hechos en el capítulo general celebrado en Narbona en 1260. El papa Clemente IV nombróle arzobispo de York, cargo que no admitió por considerarlo superior á sus merecimientos, y Gregorio X concedióle el birrete cardenalicio: cuando los legados pontificios fueron

al convento á llevarle las insignias del cardenalato, lo encontraron en la cocina del convento limpiando la vajilla con sus compañeros de claustro. Tal es la escena que ha reproducido en su cuadro el pintor francés Dawant, quien, después de haber abandonado temporalmente el género histórico que tantos triunfos le valiera, ha vuelto recientemente á él con esta composición que figuró dignamente en el último Salón de los Campos Elíseos de París.

**Guerra de Filipinas.**—Casi todas las trincheras construídas por los insurrectos filipinos obedecen á un mismo plan: exteriormente presentan un talud de arena, contienen varios obstáculos formando bancos de piedra y están cubiertas de ramaje, especialmente de espino. Su espesor varía entre un metro y medio y dos metros. Para construirlas clavan perpendicularmente y á corta distancia unas de otras gruesas cañas bambúes, introduciéndolas en tierra lo más profundamente posible, luego se tienden entre estaca y estaca unos tejidos de caña cortada y se rellenan con tierra ó arena los huecos que resultan. Las trincheras construídas con más esmero han sido las levantadas en el río Zapote, una parte de las cuales reproduce el primer grabado de la página 505.

Los insurrectos, creyendo que se les atacaría por el Zapote, línea divisoria de las provincias de Manila y Cavite, pusieron todo su afán en defender no sólo el paso del puente, cortando éste, sino que también aquella orilla del río en toda su longitud; así es que las líneas de trincheras se contaban por kilómetros, variando su altura y espesor según que el punto fuera más ó menos estratégico. Tomadas por nuestras tropas estas posiciones al parecer inexpugnables y libre el paso para el pueblo de Bacoor, los ingenieros militares, sin darse punto de reposo, habilitaron en muy pocas horas el arco del puente que había sido destruído, valiéndose para ello de las cañas bambúes tan abundantes en aquellos sitios, y construyeron un fortísimo tramo bien apuntalado y tan sólido que por él pudieron pasar sin ningún inconveniente las piezas de ocho centímetros de cañón largo, los arzones, etc. Este tramo de caña fué sustituido poco después por otro de madera. La vista del puente que reproduce el segundo grabado de la página 505, fué tomada al día siguiente de ocupadas aquellas posiciones.

El grabado de la página 512 representa una sección de artillería rodada, formada en el campo de Bagambayán para la revista que pasó el general Polavieja.

**La familia real española en Aranjuez.**—Para conmemorar la visita que D. Alfonso XII hizo á Aranjuez durante la epidemia cólica de 1885, inauguróse el día 31 de mayo último en aquel real sitio una estatua que el pueblo agradecido acordó erigir en honor del malogrado monarca.

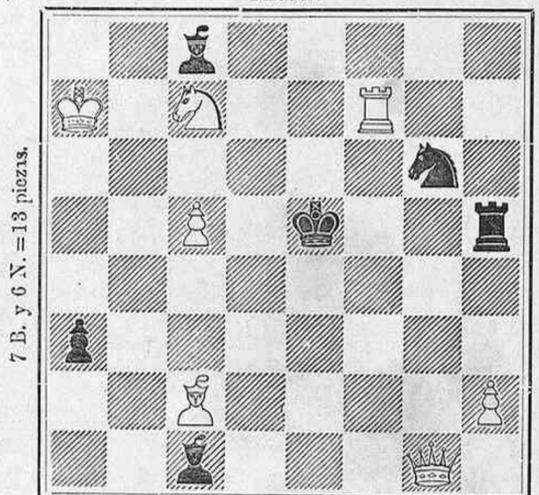
Al acto de la inauguración de la estatua asistió la real familia, acompañada de algunos ministros, personas de su servidumbre y otros elevados personajes. Como recuerdo de aquel acto publicamos en esta página el grupo hecho en el palacio de Aranjuez por el reputado fotógrafo de Toledo Sr. Fraile, á quien damos las gracias por el envío de tan interesante fotogra-

fía. En primera fila, sentados, se ven, de izquierda á derecha: la condesa de Sástago, S. M. el rey D. Alfonso XIII, S. M. la reina doña María Cristina, S. A. la infanta doña María Teresa y la marquesa de Navarrés; en la segunda, el coronel de Montesa, el duque de Sotomayor, la condesa de Mirasol, el duque de Medina Sidonia, S. A. la princesa de Asturias, el general Sanchiz, el general Barcáiztegui, el general Azcárraga, el ayudante del general Azcárraga, el general Alameda y el inspector general de los reales palacios; y en la tercera, el general Manzano, el alcalde de Aranjuez Sr. Almazán, el general Martitegui, el conde de Peña Ramiro, el general Correa y el administrador del real sitio.

#### AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 80, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 79, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D8CD	1. P toma C (*)
2. D8TR	2. A ó P juega.
3. TcCR ó DcTD mate.	

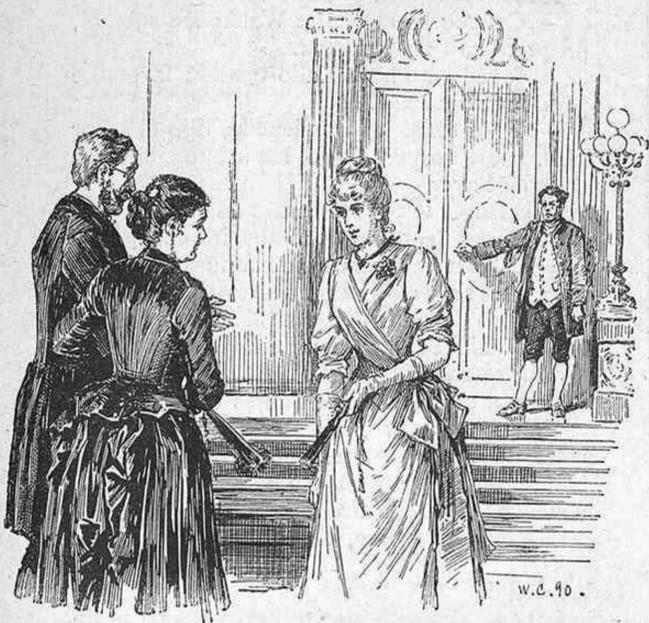
(\*) Si 1. P7CR; 2. C toma PA, y 3. D ó T mate; - 1. P toma A; 2. CcAR, y 3. D2T mate; - 1. R juega; 2. D toma PCR, y 3. D mate. La amenaza es igual á la última variante.



### ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)



El doctor Fels le ofreció su mano al punto y presentó á Isabel á su esposa

— ¡No toleraré todas esas cosas más tiempo!, exclamó con viveza. ¿Estaré yo obligado, en mi vejez, á desempeñar las funciones de carcelero, á vigilar, acechar y espiar en mi propia casa á una joven necia que no está emparentada ni de cerca ni de lejos con mi familia, á Dios gracias?..

— Tío, dijo Isabel con tristeza, piense usted que es desgraciada.

— ¡Desgraciada..., ella desgraciada! Lo que es, es una comedianta. ¡Yo no soy un ogro, qué diablo!.. Y cuando era verdaderamente desgraciada, es decir, cuando quedó huérfana de padre y madre, la recogí en mi casa. ¿Pero sabes tú, Isabel, que entonces, cuando hacía pocas semanas que habían enterrado á sus padres, sabes tú que cantaba como una alondra, saltando y divirtiéndose durante todo el día? Aquello me contristó el ánimo, y estaba como humillado al observar en ella tanta indiferencia y ligereza... ¿Y por qué se cree tan desgraciada ahora? Yo no pretendo descubrir su secreto, y puesto que no tiene confianza en mí, peor para ella. Si le complace tener siempre cara triste y ademanes dramáticos, no seré yo quien me oponga á ello; pero su mutismo, sus excursiones nocturnas al bosque, donde vaga como una loca, exponiéndome á ver alguna vez la casa ardiendo sobre mi cabeza, es cosa mucho más grave, y me parece que tengo el deber y el derecho de intervenir en todo este asunto.

— ¿Has hecho uso de mi advertencia?, preguntó Ferber.

— ¡Ya lo creo! Inmediatamente le señalé otra habitación, situada exactamente sobre la mía; de modo que puedo oír todos sus pasos. Desde que me has hablado de todo eso, las dos puertas de la casa se cierran, no solamente con cerrojo, como otras veces, sino con las llaves, que se llevan á mi aposento... ¡Pero vaya usted á detener á una mujer astuta! Gracias á esas medidas hemos tenido algún tiempo tranquilidad. Pero esta última noche no podía conseguir

dormirme, porque me preocupaba mucho el atentado de ese Linke. De repente oigo pasos sobre mí, pero ligeros, muy ligeros. ¡Ah, ah!, me dije, ya se prepara algo. Y me levanté al punto; mas cuando llegué á su cuarto el pájaro había volado: sobre la mesa vi una vela encendida, y el viento agitaba una cortina en la cual se había prendido fuego... ¡Cielo santo, si no llego á subir, si no hubiera ido á ver yo mismo lo que pasaba, ved lo que habría sucedido! Las viejas tablas y las vigas se hubieran quemado como yesca... ¿Y de qué modo salió? Pues por la ventana de la cocina. Mejor quisiera tener que vigilar á una legión de hormigas que á semejante persona.

— Estoy persuadida de que tiene algún amorío, dijo la señora Ferber.

— Ya me lo has dicho otra vez, repuso el guardabosque con viveza; pero si pudieras indicarme al mismo tiempo quién es el novio, el informe tendría más valor... ¡Pero mira á nuestro alrededor! ¿Hay aquí un solo individuo que pueda trastornar la cabeza á esa joven? ¿Mis guardas? Siempre los ha despreciado, y bien injustamente, pues valen más que ella por todos conceptos. Fuera de ellos no veo más que á ese Linke, con sus piernas encorvadas y su peluca amarilla.

— Sin embargo, tal vez has omitido alguno, repuso la señora Ferber con tono circunspecto, dirigiendo una mirada á su hija, que acababa de alejarse con el objeto de cortar una varilla que Ernesto había pedido.

— ¿Quién?

— El Sr. de Hollfeld.

El guardabosque se mostró sorprendido.

— ¡Hum!, murmuró al fin, apenas hubiera pensado en ese... Y sin embargo... Pero no, no, añadió vivamente, no puedo creerlo... No es ella lo bastante tonta para imaginar que ese joven la tomaría por esposa, haciéndola señora y dueña de Odenberg.

— La vanidad es crédula; puede haberlo esperado y reconocer ahora su error.

— Es verdad, repuso el guardabosque pensativo, que desde hace algún tiempo se mostraba singularmente orgullosa. ¡Pero el Sr. Hollfeld!.. No hace caso de las mujeres.

— ¡Es un frío egoísta, dijo la institutriz.

— Muy cierto; pero lo que dice mi cuñado no es exacto, replicó la señora Ferber, y precisamente esta convicción es la que me permite ver claro en el estado de ánimo de Berta.

— Pues si es así, la historia será muy triste, dijo el guardabosque. ¿Y se habrían burlado de mí á mis barbas, como de un tutor de comedia? Yo me aseguraré de esto, descubriré la verdad... ¡Y pobre de la mujer despreciable que, viviendo bajo mi techo, se haya dejado extraviar por necias ilusiones, las cuales no pueden conducir sino á la vergüenza para ella y para mí!

La comida fué muy silenciosa; el guardabosque

estaba muy preocupado, y hubiera querido interrogar inmediatamente á Berta. La familia Ferber volvió temprano á su morada, y el guardabosque, echándose la carabina al hombro, la acompañó hasta la puerta del prado; después se alejó y comenzó á vagar por el bosque, lo cual, según él, calmaba siempre las tempestades de su espíritu.

Isabel se arregló para ir al concierto, poniéndose un vestido blanco de muselina y en el pecho un ramo de flores silvestres. Su madre fué á buscar un pequeño medallón, le ató en una estrecha cinta de terciopelo negro, y suspendióle del cuello de su hija. Tal era el único adorno destinado para aquel gran día, y cualquiera otra joven habría mirado con disgusto aquella excesiva sencillez que había de contrastar con el lujo de los demás invitados. Isabel, por el contrario, observó con viva satisfacción que su vestido, tantas veces lavado ya, conservaba todavía un aspecto decente, y de buena gana hubiera dejado en su cuarto el pequeño medallón de oro de su madre; pues pensaba que si se la admitía en aquella reunión era únicamente á título de artista, y que en aquel día, lo esencial era tocar lo mejor que fuese posible. La molestaba ver sus brazos desnudos y sus hombros medio descubiertos, pues hasta entonces no había usado más que cuerpos altos, y no podía comprender que las mujeres para vestirse de etiqueta debieran ir descotadas. Ni siquiera observó que sus brazos eran de una forma perfecta; que sus graciosos hombros tenían una blancura deslumbradora, y que su cabeza, con su magnífico y abundante cabello, formaba con el cuello una línea encantadora. Su madre misma había rizado los ligeros bucles que pendían sobre su frente, realzando sus finas cejas negras que tan poderoso encanto comunicaban á su fisonomía. La señora Ferber acompañó á su hija hasta el parque, y no pudo contradecir á la institutriz cuando ésta aseguó que Isabel tenía aquel día un aspecto casi celestial, pues ella también se había dicho que su hija nunca le había parecido tan hermosa.

Cuando Isabel entró en el vestíbulo del castillo de Lindhof, vió al doctor Fels, dando el brazo á su esposa y disponiéndose á entrar en el salón; apresuróse á reunirse con ellos y á saludarlos amistosamente, muy satisfecha de poder evitar la molestia que le causaba la necesidad de entrar sola en un salón casi lleno de convidados. El doctor Fels le ofreció su mano al punto y presentó á Isabel á su esposa, diciéndole á media voz: «la joven heroína del drama ocurrido ayer.» Los dos prometieron ser sus acompañantes, y la gran puerta del salón se abrió de par en par ante ellos.

Isabel dió gracias á su buena estrella, que le permitía avanzar detrás de la sombra protectora que proyectaba la figura majestuosa de la señora Fels, pues el aspecto que ofrecía la gente reunida allí no era muy propio para reanimarla. No vió más que trajes magníficos, ostentándose en un salón inmenso.

grupos imponentes por la calidad de aquellos que los formaban, calidad presumida por la actitud altanera de las damas y por los modales algo impertinentes de los hombres. En el centro del salón, muy cerca de la puerta de entrada, hallábase de pie la baronesa de Lessen, encargada de hacer los honores de la fiesta y que llevaba con mucha dignidad un soberbio vestido de seda gris guarnecido de blondas. Acogió con suma gracia el saludo del doctor Fels y de su esposa, y contestó á una pregunta del primero señalándole un grupo de hombres en cuyo centro estaba el Sr. de Walde.

Mientras el doctor Fels y su señora se dirigían hacia aquel grupo, Isabel obedeció con alegría y agradecimiento á una señal de Elena, que sentada junto á una ventana indicaba á la joven un asiento á su lado. La señorita de Walde confió á Isabel apresuradamente que estaba muy emocionada pensando en que había de tocar delante de un público tan numeroso, y le suplicó que en vez de la pieza á cuatro manos con que debía comenzar el concierto tocara ella sola una sonata de Beethoven, petición á la que accedió gustosa Isabel, repuesta ya de su primera impresión de miedo.

Mientras las dos jóvenes resolvían este cambio de programa, los coches se sucedían sin interrupción, afuyendo sin cesar los convidados. No se veían más que blondas y sedas, alhajas deslumbradoras, preciosas flores, é Isabel no pudo menos de sonreír al comparar su pobre vestido de muselina con aquellos trajes tan ricos y elegantes. Adivinaba por la manera de saludar de la señora de Lessen, á qué clase de la sociedad pertenecían los recién llegados: un simple movimiento rígido del penacho de plumas que engalanaba su tocado era la señal de que entraba un burgués; y las ondulaciones repetidas de aquél parecían marcar el ritmo de una alegre marcha cuando la puerta se abría ante un aristócrata.

— Bien mirado, dijo Isabel, tiene razón... A los plebeyos nos irritan mucho en general esos límites que la nobleza eleva entre ella y nosotros..., mas por otra parte, ¡cuántos burgueses se prestan á desempeñar el papel de cortesanos cerca de los nobles, á quienes desprecian y envían! Y por otro lado, esos mismos burgueses se apresuran á elevar análogas barreras entre sí y aquellos de sus semejantes á quienes consideran como menos favorecidos en cuanto se refiere á la fortuna y á las dignidades.

La multitud de convidados, después de haberse detenido un momento delante de la baronesa de Lessen, avanzaba en oleadas cada vez más numerosas hacia el dueño de la casa, cuya elevada estatura dominaba á cuantos le rodeaban, formando en torno suyo una numerosa guardia que se relevaba sin cesar.

De repente abrióse la puerta del salón, y una dama anciana, de talle muy grueso, apoyada en el brazo de un hombre entrado en años que ostentaba numerosas condecoraciones, penetró en el salón en compañía de la señorita de Quittelsdorf. La baronesa se dirigió con extremada precipitación hacia ella, y hasta la misma Elena se levantó, y conducida por el Sr. de Hollfeld se adelantó seguida de muchas damas. El grupo de hombres que rodeaba al Sr. de Walde se dispersó al punto, y éste quedó frente á los recién venidos.

— ¡Es preciso venir á casa de usted cuando se quiere verle, hombre desnaturalizado, descortés y salvaje!, exclamó la anciana, amenazando con el dedo al Sr. de Walde. ¿Ha borrado España en usted todo vestigio del recuerdo que se conserva generalmente de los amigos? Ya lo ve usted, á pesar de los padecimientos que la gota me produce y de los dolores no menos intensos que me ocasionan su olvido y abandono, me he puesto en camino, porque no quería dejar de hallarme entre las muchas personas que traen aquí los votos que hacen por la felicidad de usted.

El Sr. de Walde, inclinándose, contestó dando las gracias; después la dama le aplicó, riéndose, un golpe en el hombro con su abanico, y la paz quedó al parecer firmada entre ellos, pues aceptó su brazo y dejóse conducir hacia un sofá, en el cual se instaló majestuosamente.

— Es la baronesa de Falkenberg, gran dama en la corte de L..., contestó el doctor Fels, interrogado por Isabel.

La señorita de Quittelsdorf estaba muy linda con su vestido de crespón blanco y las rosas encarnadas que adornaban su cabello castaño. Se ocupaba en atender á la señora de Falkenberg con respetuosa solicitud; mas no se abstenía de lanzar en todas direcciones algunas miradas maliciosas y burlonas.

La llegada de aquellos importantes personajes era la señal que se esperaba para dar principio al concierto. Isabel oía, por decirlo así, los latidos precipitados de su corazón; mantenábase todavía detrás de la señora Fels, y podía ocultar aún su rostro á las miradas de una multitud indiferente, tal vez hostil, que muy pronto iba á seguir todos sus movimientos. Indescriptible angustia se aponeró de ella, y deploró



— Sírvase usted, señorita, elegir y guardar uno de esos papeles

amargamente haber consentido en comenzar sola el concierto; pero cuando comenzaba á temblar sorprendió una señal que la señorita de Walde le hacía... Levantándose al fin, atravesó el salón y fué á sentarse ante el piano. Un murmullo discreto y continuo se produjo en todas partes, y sin mirar á nadie, comprendió que todos los ojos estaban curiosamente fijos en ella... A este murmullo siguióse un profundo silencio apenas hubo rozado las teclas del instrumento; y al primer sonido que produjo, su angustia desapareció, sus temores se desvanecieron... Ya no estaba sola en medio de un mundo desconocido é indiferente..., se hallaba con él, con el gran maestro, el genio divino cuya obra había estudiado piadosamente..., aquel cuyo rostro le era tan familiar como el de su madre misma, y que le inspiraba no menos que ella un amor lleno de confianza, por más que bajase los ojos con respeto ante su cabeza poderosa, circuída de los rayos de una gloria incontestable... Estaba con Beethoven; y las cabezas adornadas de flores ó de plumas que se elevaban á su alrededor, los gemelos dirigidos hacia el piano, todo desapareció á sus ojos. Estaba sola con él, y tocó como hubiera tocado con él, delante de él, penetrando su pensamiento con una intuición maravillosa.

Una verdadera tempestad de aplausos estalló á su alrededor en el momento en que, terminada la sonata, se levantó para dejar el piano. Más confusa aún que lo había estado antes de tocar, la joven se refugió precipitadamente junto á la señora Fels, que reducida al silencio por la intensidad de su emoción, no pudo hacer más que ofrecerle ambas manos.

El concierto duró poco tiempo; cuatro jóvenes cantaron un cuarteto; luego tocó un buen violinista, y la señora Quittelsdorf cantó también dos romanzas nacionales, con voz muy agradable, pero con poca afinación. Por último, la señorita de Walde, algo repuesta de su terror, tocó perfectamente acompañada de Isabel una pieza á cuatro manos.

Cuando hubo concluído el concierto, Isabel se dirigió á una habitación contigua para tomar su mantelita; detrás de ella iba un señor viejo que había estado sentado frente á ella, examinándola con una atención constante. Este caballero á quien la señora Fels presentó á Isabel, era el Sr. Busch, presidente del tribunal de la ciudad de L... Después de mani-

festar á la joven en términos entusiastas la admiración que su talento le había causado, añadió que para él tenía el mayor interés conocer á la persona que había salvado la vida del Sr. de Walde, y que de consiguiente aprovechaba aquella ocasión de encontrarla, con tanto más motivo cuanto que esperaba obtener de ella algunos informes importantes respecto al crimen. «No debe usted hacerse ilusiones sobre este punto, señorita, añadió; será preciso que se ponga en relación con la justicia.»

Isabel retrocedió con espanto, y el presidente comenzó á reírse.

— Vamos, vamos, dijo, tranquilícese usted, pues ya no se ha de aclarar ninguna duda, y en su consecuencia no tengo, con gran sentimiento mío, ningún pretexto para citarla ante mi tribunal... Linke ha buscado por sí mismo un espantoso desenlace para su horrible drama... Esta tarde han extraído su cadáver del estanque de Lindhof, añadió el presidente en voz baja; me han comunicado el hecho en el momento de entrar en la posada del pueblo; allí había un médico, é invitándole á seguirme, me he dirigido al sitio, donde pude convencerme de que la mano del asesino no trataría ya más de cometer un crimen. Todas las pruebas resultantes de las conjeturas que se han hecho indican que ese desgraciado se dió muerte después de haber visto frustrada su criminal tentativa.

Isabel escuchaba estremecida.

— ¿Conoce ya el Sr. de Walde ese suceso?, preguntó con voz apagada.

— No; aún no he hallado ocasión favorable para comunicárselo.

— Según todas las apariencias, dijo el señor Fels, nadie sospecha aquí los acontecimientos ocurridos ayer.

— Felizmente para el dueño de la casa, contestó el presidente con tono algo irónico. ¡Debe estar en extremo agradecido á nuestra discreción, pues sin el silencio que hemos guardado, el número de visitantes complimenteros y aduladores habría sido seguramente doble ó triple, y difícilmente hubiera sostenido el Sr. de Walde tantas pruebas de un interés tan... sincero!

El viejo Lorenzo, sumiller del castillo, apareció de pronto, y presentando á Isabel una bandeja de plata en la que se veían varios pedacitos de papel arrollados, le dijo:

— Sírvase usted, señorita, elegir y guardar uno de esos papeles.

Isabel vaciló.

— Se trata de alguna broma, observó la señora de Fels, elija usted pronto.

Isabel siguió el consejo, sin darle al parecer gran importancia; mas retrocedió algo atemorizada al ver á la baronesa de Lessen, que acababa de entrar y le dirigía una mirada hostil.

— ¡Cómo!, exclamó, encarándose con el viejo Lorenzo. ¿Qué hace usted aquí? Bien puede suponer que la señora Fels no aceptará más compañía que la de su esposo.

— He presentado la bandeja á la señorita Ferber, señora baronesa, replicó el criado.

Por toda contestación, la baronesa le dirigió una mirada de cólera, y midiendo después con la vista á Isabel, exclamó con acento de enojo:

— ¿Cómo, señorita, aún está usted aquí? Yo creía que se hallaba en su casa hace largo tiempo, reposando sobre sus laureles.

Y volviendo hacia la puerta, se detuvo un instante delante del criado, encogiéndose de hombros.

— Es usted, desgraciadamente, muy distraído, Lorenzo, díjole; este achaque se revela cada día más y comienza á ser muy molesto.

Se alejó después de pronunciar estas palabras, y el viejo criado la siguió silencioso; mas un ligero rubor había coloreado sus pálidas mejillas, y sus espesas cejas blancas se fruncieron significativamente.

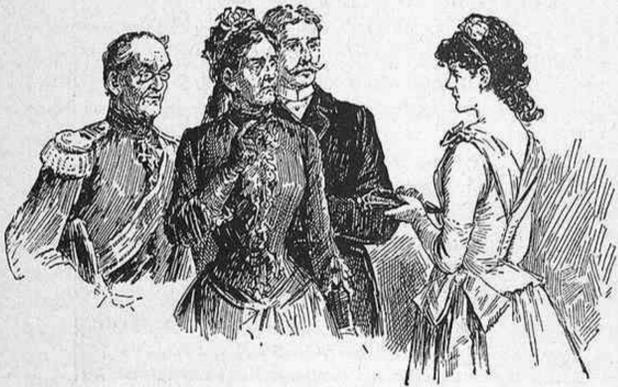
No se había descubierto aún la clave de aquel enigma, cuando el doctor Fels entró de pronto, é inclinándose respetuoso ante su esposa, hablóle en estos términos:

— Por voluntad de la alta y poderosa señorita de Quittelsdorf me hallo sometido al yugo del himeneo, exactamente lo mismo que quince años hace cuando el sacerdote nos bendijo... Es preciso, pues, que continúe sosteniendo mi costilla con paciencia, y que participe contigo de todos los placeres que nos tiene reservados el día memorable que en este momento celebramos.

— ¿Qué significa ese galimatías?, preguntó la señora Fels riéndose.

— Rechazo esa definición, repuso majestuosamente el doctor..., pero echo de ver que no has oído el

discurso pronunciado por la señorita Quittelsdorf, pérdida irreparable si las hay. Sabe, pues, ya que es preciso decírtelo, que según la disposición adoptada por esta joven dama, todos los matrimonios aquí presentes, en pie de guerra ó de paz, poco importa esto, están condenados á ir, cogidos del brazo, á la Torre de las Religiosas, situada en el bosque, á un cuarto de legua. Allí nos espera una fiesta campestre; allí deberás cuidarte de mí, no principal, sino únicamente - esta es la palabra; - allí deberás atenderme, ser-



La dama reprendía al parecer á la señorita de Quittelsdorf...

virme, procurar que yo tenga la parte que me sea agradable de los manjares que se sirvan; y en una palabra, esforzarte para que yo posea la mayor suma posible de bienestar y de satisfacción. Pero á fin de que los célibes, que constituyen la mayoría, no se resentan demasiado en este día de fiesta de los inconvenientes y las tristezas inherentes á su condición, se ha organizado una especie de lotería en extremo acertada y prudente. Cada señora soltera toma á la casualidad un rollo de papel, que contiene el nombre de un célibe, el cual ha de ser su compañero durante la fiesta. Ya veremos si la fortuna es siempre ciega, ó bien si se decidirá á deponer un momento su venda, uniendo ó separando dos corazones hechos el uno para el otro.

Esta explicación dejó á Isabel sumamente perpleja, pues no había pensado que después del concierto hubiera otra fiesta. Ahora recordaba las palabras pronunciadas la víspera por la baronesa, indicándole muy claramente que debía retirarse apenas no la necesitaran ya... Se sonrojó al recordar que había tomado uno de los rollos de papel presentados por Lorenzo, y que por este acto irreflexivo había tratado, aparentemente, de usurpar la parte que se la negaba en aquella noble asamblea. Resolviéndose súbitamente, se dirigió al salón, donde cada cual hacía sus comentarios alegres ó tristes sobre la asociación que la suerte le había señalado.

- ¡Qué abominable idea ha tenido esa Quittelsdorf!, decía un caballero joven, que se lamentaba de su pena á un vecino. ¡Heme aquí asociado con esa Lehr, cuyo entendimiento es aún más obtuso que pesada su persona!

Isabel no necesitó buscar largo tiempo á la baronesa de Lessen; hallábase bastante aislada junto á una ventana, y á su alrededor la señorita de Quittelsdorf, la dama de la corte y Elena de Walde, que hablaban con bastante viveza, aunque no muy alegremente. La dama reprendía al parecer á la señorita de Quittelsdorf, que de vez en cuando se encogía de hombros con indiferencia; y el rostro de la baronesa de Lessen revelaba profundo descontento. No lejos de aquel grupo, el Sr. de Walde, cruzado de brazos, parecía escuchar distraídamente un discurso del respetable compañero de la gran dama, observando en cambio con incesante interés á las cuatro señoras, que gesticulaban discutiendo.

Isabel se acercó vivamente á la baronesa, y no pudo menos de observar que la señorita de Quittelsdorf, al divisarla, había llamado la atención de la dama de la corte, la cual fijó en la joven una mirada hostil. También reconoció que, según todas las apariencias, ella era el objeto de la discusión, por lo cual apresuró aún más el paso á fin de poner término al conciliábulo.

- Señora, dijo Isabel, inclinándose ante la baronesa, sin saber absolutamente de qué se trataba, y por una equivocación, elegí uno de los rollos de papel que me presentaban, y acabo de saber que ese papel lleva consigo una obligación á la cual no podría someterme, porque mis padres me esperan.

Y presentó el pequeño rollo de papel á la baronesa, que le cogió con febril apresuramiento, mientras que sus facciones se iluminaban de alegría.

- Creo que está usted en un error, señorita, dijo el Sr. de Walde, interviniendo de pronto, y expresándose con calma y cortesía; ante todo debe usted exponer esta dificultad á la persona cuyo nombre se

halla inscrito en el papel que ha elegido, pues él solo tiene derecho para relevar á usted de la obligación que ha contraído.

El Sr. de Walde miró con una expresión algo maliciosa á todos los convidados, que se disponían á salir, y acercándose lentamente, tomó de nuevo la palabra.

- Como dueño de la casa, dijo, debo cuidar de que ninguno de mis huéspedes quede perjudicado, y exijo de la bondad de usted, señorita, que se sirva leer el nombre escrito en ese papel.

Isabel abrió el rollo, que le había sido devuelto, y se ruborizó al entregarle al Sr. de Walde, que fijó en él la vista.

- ¡Ah!, exclamó, pues he combatido para mantener mi propio derecho... Usted me concederá, señorita, que de mí depende enteramente relevarla de la obligación que la incumbe, ó mantenerla en toda su integridad; opto por esto último, y reclamo el estricto cumplimiento de los deberes que le impone á usted ese pedacito de papel.

La baronesa se acercó al Sr. de Walde y puso la mano sobre su brazo con aire de profunda contrición.

- Dispénsame, querido Rodolfo, dijo, la culpa no es verdaderamente mía.

- No sé de qué culpa se trata, Amelia, contestó con frialdad el Sr. de Walde; pero si necesitas perdón has elegido bien el momento de pedirle, porque ahora estoy dispuesto á olvidar todas cuantas ofensas hayan podido dirigirse.

Cogió su sombrero, que un criado le presentaba, ofreció el brazo á Isabel, y dió la señal de marcha.

- Pero mis padres me esperan..., murmuró Isabel.

- ¿Están enfermos?

- ¡No, á Dios gracias!

- Pues entonces permítame usted enviarles un recado para que sepan la causa de su ausencia.

Y llamando á un criado, le envió al punto á Gnadeck con sus instrucciones.

Mientras el gran salón se desocupaba poco á poco, el grupo de las cuatro damas, al que acababan de agregarse el viejo caballero condecorado, compañero de la baronesa de Falkenberg, y el Sr. de Hollfeld, no podía resolverse á separarse, y permanecía inmóvil junto á la ventana.

- ¡Muy bien hecho, y harto merecido lo tiene usted, Cornelia!, dijo la dama de la corte, dirigiéndose á la señorita de Quittelsdorf. ¡Qué insensata idea la de esa lotería! ¡Cuántas veces la he reprendido á usted por causa de esas inspiraciones extravagantes á que cede con tanta facilidad, y que nuestra princesa acoge, por desgracia, con demasiada indulgencia! Usted se excusa, atribuyendo toda la culpa al mayordomo Lorenzo. ¿Por qué no le ha dado usted sus instrucciones? Usted se cree ser una dama de corte excelente y no sabe que no se debe dejar nunca á esas personas seguir su propio impulso. Me alegraría mucho de esta lección que acaba de recibir si ese desgraciado de Walde no fuese víctima de la imperdonable ligereza con que usted ha dirigido todo ese asunto... ¡Hele ahí ahora con esa rubia insulsa y humilde pendiente de su brazo, él, que guiado por su altivez aristocrática, por su indomable orgullo, ha cometido tan á menudo la falta imperdonable de no echar de ver que nobles, y muy nobles damas, deseaban tenerle por caballero!.. ¡A qué valor no habrá debido apelar para resignarse á llevar consigo esa insignificante artista!, hija... ¿de quién?.. ¿de un humilde empleado forestal!

- ¿Y por qué se sacrifica con tan buena voluntad?, repuso la señorita de Quittelsdorf con aire travieso y burlón. ¿Qué necesidad tenía de tomar cartas en el asunto? La niña se preparaba á marcharse, había devuelto el papel, y todo se arreglaba á las mil maravillas, cuando el barón, cual nuevo caballero andante, se decidió resueltamente á tomar la carga de que se le quería librar.

- Pero esa carga es maravillosamente linda, exclamó el viejo caballero riéndose... ¡Ja, ja, ja!

- ¿Qué le pasa á usted, conde?, preguntó la dama de la corte con acento de enojo. Le reconozco en eso; es usted verdaderamente incorregible; siempre su frívolo entusiasmo por el primer rostro agraciado y vulgar... Por lo demás, no niego que la muchacha sea linda; pero ¿no era la pobre Rosa de Berg una maravilla de hermosura? Contaba por centenares sus aspirantes, y éstos pasaban la vida prosternados á sus pies..., pero ella tenía inclinación por Walde, y éste se mantuvo frío é impasible como el mismo dios de la indiferencia... No, jamás hace caso de ninguna mujer, sea cual fuere su belleza, y hace ya largo tiempo que le he borrado del registro donde tengo nota de los célibes que deseo casar con mis protegidas. Si hoy se ha mostrado generoso y dispuesto al sacrificio, ya conocemos la causa de ello, puesto que nos la ha indicado: se considera feliz y le lisonjean todos los testimonios de respeto y cariño de que le hemos colma-

do. Por un sentimiento generoso, que le honra hasta cierto punto, no ha querido que haya aquí una sola persona descontenta, ni aun esa pobre niña, que además ha tocado muy bien el piano. De todos modos, señora baronesa de Lessen, aconsejo á usted que otra vez no se fíe del buen tacto y acierto de la extravagante Quittelsdorf.

Fuera se oía el rumor de los coches que debían conducir á la dama de la corte, á Elena de Walde, á la baronesa y al anciano conde.

- ¡Hum, qué dama tan regañona!, dijo la señorita de Quittelsdorf, después de haber ayudado á la baronesa á instalarse en el coche, velando con solicitud para que estuviese cómoda y á sus anchas... Está furiosa porque no se la ha consultado para la organización de la fiesta... ¿No ha observado usted, Hollfeld, que el postizo de Su Excelencia ha estado á punto de caer sobre su nariz cuando movía demasiado vivamente la cabeza al agobiarme con las flechas de su ironía? Me hubiera desternillado de risa durante dos semanas si se hubiese podido ver de pronto su cabeza pelada.

La idea tan sólo bastó para excitar la hilaridad de la señorita de Quittelsdorf; mas su compañero avanzaba silenciosamente como si no hubiera oído una sola palabra de su charla, y apresuraba cada vez más el paso.

Todo revelaba en él la impaciencia y la precipitación, y parecía en extremo deseoso de alcanzar cuanto antes á los que le precedían. Sus ojos exploraban ávidamente el camino, registrando todos los matorrales, y solamente cuando veía parte de un vestido blanco á lo lejos, en uno de los recodos del camino, deteníase un instante como para observar mejor lo que pasaba.

- Verdaderamente es usted pesado en demasía, Hollfeld, más de lo necesario para aburrir á cualquiera, exclamó la señorita de Quittelsdorf; tiene usted el privilegio de ser mudo como un pez, y quiere pasar por hombre de talento... Imposible me sería descubrir dónde le guarda. Sírvase usted, si me es permitido dirigir esta súplica, pensar un poco en mi vestido de crespón nuevo, que se engancha en todos los matorrales, gracias á la extraña marcha tortuosa que ha tenido á bien adoptar, y en la que costeamos alternativamente los dos linderos de este pintoresco camino.

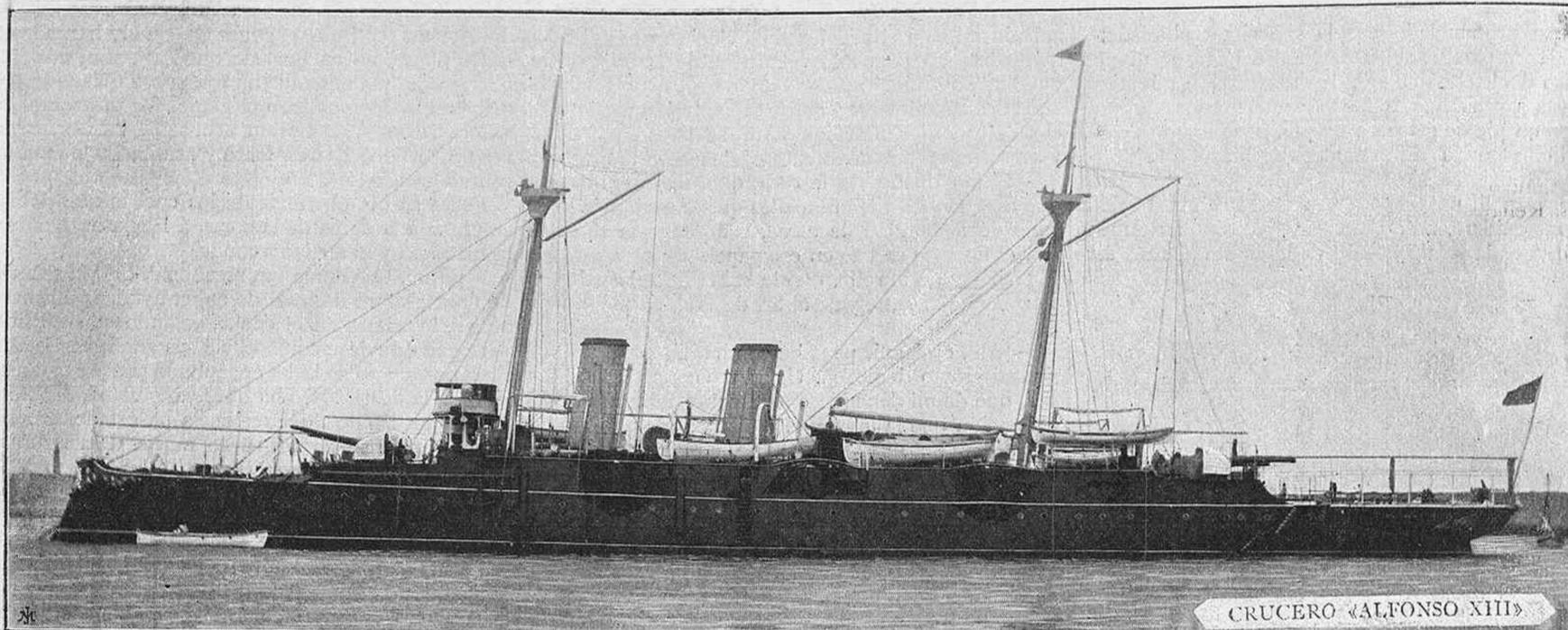
La Torre de las Religiosas, hacia la cual se dirigían, había formado en otro tiempo parte de un rico convento, y era el único resto de aquella fábrica que



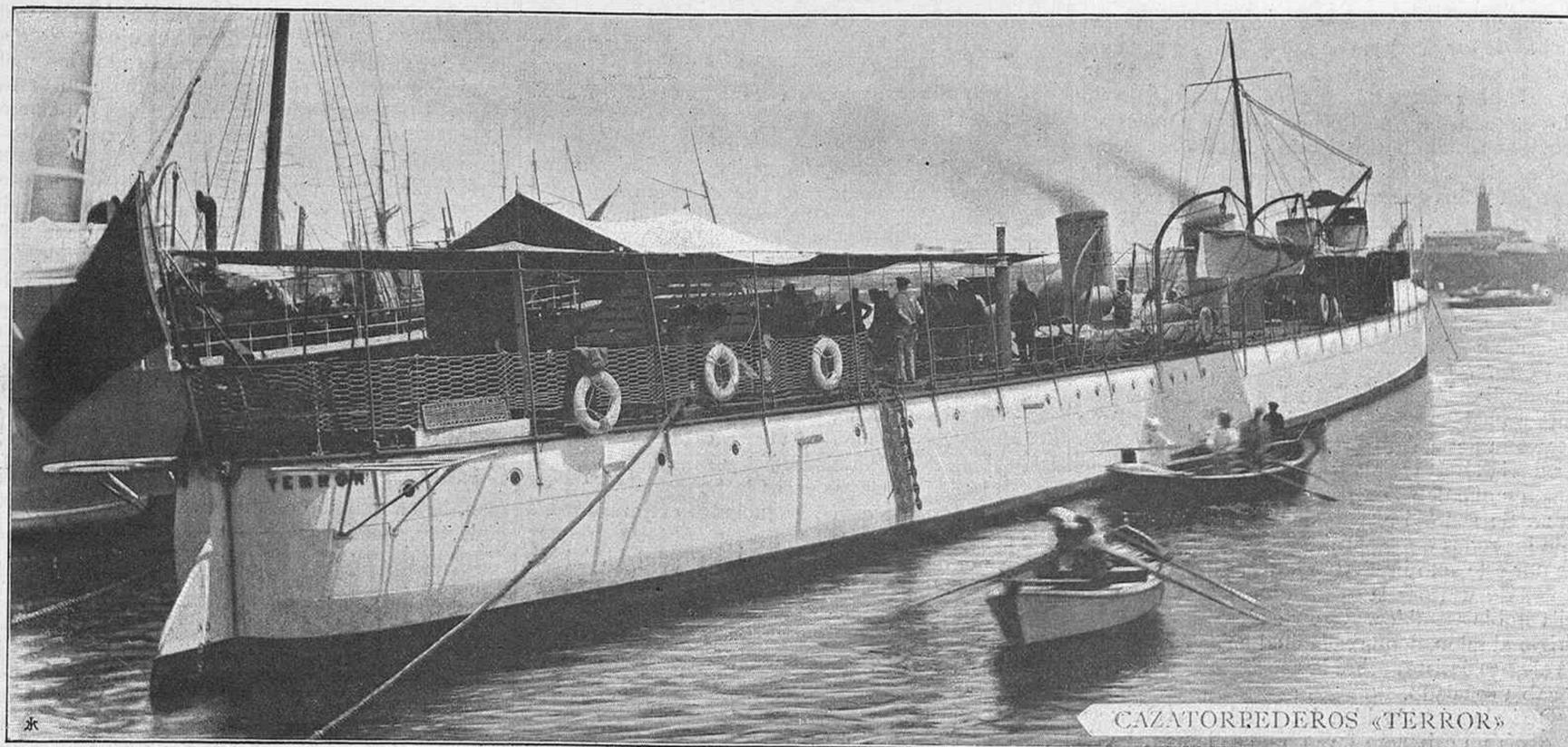
La Torre de las Religiosas adornada para la fiesta campestre

se mantenía en pie, rodeado de ruinas. Hallábase situada en medio de una espesura de encinas y de hayas, en la vertiente de la montaña que formaba parte de la propiedad de Lindhof, la cual se prolongaba hasta muy lejos por este lado.

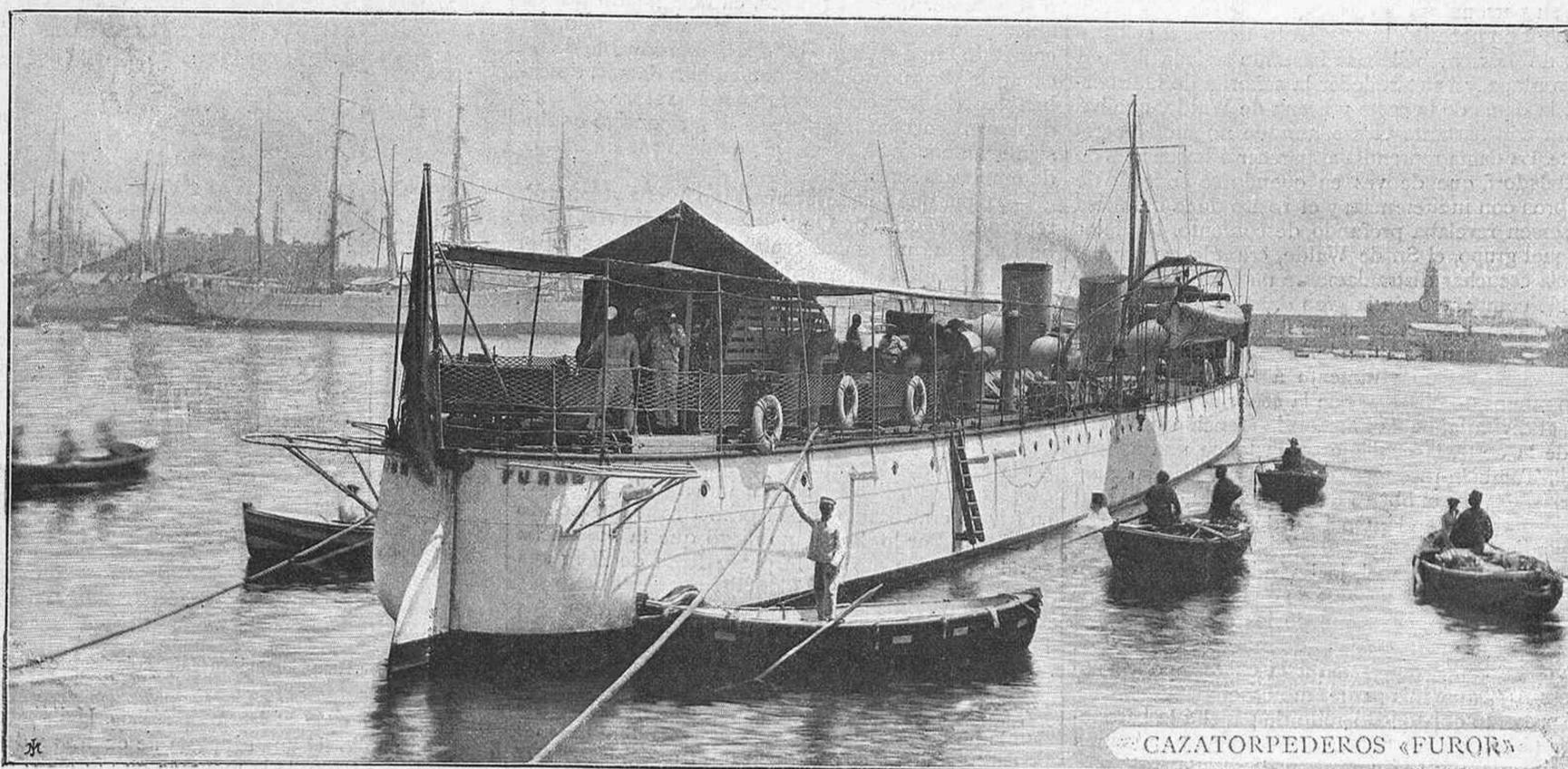
(Continuará)



CRUCERO «ALFONSO XIII»



CAZATORPEDEROS «TERROR»



CAZATORPEDEROS «FUROR»

Nuevos buques de la marina de guerra española.—El crucero «Alfonso XIII» y los cazatorpederos «Terror» y «Furor» en el puerto de Barcelona  
(de fotografías de D. Félix Laureano)

EL CRUCERO «ALFONSO XIII»

Y LOS CAZATORPEDEROS «TERROR» Y «FUROR»

Si la marina de guerra es necesaria á todas las naciones, su necesidad sube de punto cuando se trata de una nación como la nuestra que, además de una extensa línea de costas, posee grandes y ricas colonias situadas en apartados mares, que la madre patria tiene forzosamente que amparar y defender. Y si en estas colonias, como en las nuestras por desgracia sucede, hay gérmenes separatistas que en momentos dados enarbolan la bandera de la rebelión, es preciso que la marina sea debidamente atendida á fin de que en tales momentos cuente con medios bastantes para realizar la importante misión que le está encomendada.

Por causas que no hemos de exponer y razones que no podemos discutir, la marina de guerra española no contaba con el número y calidad de buques que los modernos tiempos exigen, así es que cuando estalló la insurrección cubana hubo de ver la deficiencia de nuestras fuerzas navales y fué preciso adquirir á toda prisa nuevos barcos y apresurar la terminación de los que se estaban construyendo en nuestros arsenales.

Entre los nuevos buques con que cuenta la armada española desde hace poco, figuran los tres cuyas reproducciones publicamos en la página anterior.

El crucero de primera clase *Alfonso XIII* ha sido construído conforme á los últimos adelantos de la ingeniería naval, y está dotado de las piezas de artillería más perfeccionadas, que hacen de él un poderoso elemento de combate. Sus máquinas han salido de los acreditados talleres de la Maquinista Terrestre y Marítima, de Barcelona.

Los cazatorpederos *Terror* y *Furor* han sido construídos por la casa Thompson, de Glasgow: tienen cada uno de ellos 67 metros de eslora, seis de manga y 3'96 de puntal, desplazan 380 toneladas y su andar es de 29 millas. Su armamento consiste en dos ame-

tralladoras de 14 milímetros, sistema Maxim-Nordenfeldt, situadas una á proa y otra á popa, dos más de seis milímetros y del mismo sistema, situadas á ambos lados del buque y dos cañones automáticos Ma-



EL GENERAL STEWART S. WOODFORD  
nuevo ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en España

xim de 37 milímetros colocados á babor y á estribor. Llevan además dos tubos lanzatorpedos del sistema Schwartzkov.

Cuanto por el porvenir de España se interesan han de ver con satisfacción este movimiento impulsivo que se da á nuestra marina de guerra, y han de desear que por este camino se continúe á fin de que nuestro poderío naval sea lo que debe ser y de que nuestro brillante cuerpo de la Armada cuente con todos los elementos á que le da derecho su gloriosa historia.

Las tres fotografías de donde están sacados los grabados que reproducimos no han sido facilitados por el acreditado fotógrafo de esta ciudad D. Félix Laureano.

\* \* \*

EL GENERAL STEWART S. WOODFORD

nuevo ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en España

El general Woodford nació en Nueva York en 1835 de una antigua familia puritana residente en Connecticut: dos de sus antecesores distinguieron en las guerras contra los indios, su bisabuelo sirvió en las filas revolucionarias durante la guerra de la independencia y su abuelo en la de 1812. Hizo sus estudios en Columbia, y graduado en 1854 fué admitido en 1857 en el foro de Nueva York. Al estallar la guerra civil en 1862 renunció al cargo de ayudante fiscal federal que en aquella ciudad desempeñaba y sentó plaza de soldado, ascendiendo tan rápidamente que en tres años llegó á coronel con el título de brigadier general. En 1865 volvió al foro, declinando en aquel mismo año el nombramiento de juez, pero al año siguiente fué elegido por el partido republicano teniente gobernador de aquel Estado. En 1868 renunció también su nombramiento para el Congreso, obteniendo en 1870 el de gobernador. En 1872 fué delegado de la Convención que eligió á Grant, y en 1877 fué *attorney* del distrito del Sur en Nueva York. En 1882 abandonó la política para dedicarse exclusivamente al ejercicio de la abogacía, entrando á formar parte de la importante razón social Arnoux, Ritch y Woodford abogados.

El general Woodford es republicano y está completamente identificado con el gobierno de Mac Kinley y tiene fama de orador elocuente. El hecho de haber sido designado para el cargo de ministro plenipotenciario en España en circunstancias tan difíciles como las actuales, demuestra el altísimo concepto que sus dotes merecen al gobierno americano.

**CARRERAS-CAZA**  
**EMBROCCACIÓN MÈRE** de Chantilly  
**INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR**  
**LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS**  
FOLLETO FRANCO MÈRE FARM ORLEANS

**Agua Léchelle**  
**HEMOSTÁTICA.** — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

**VINO AROUD**  
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR** prescrito por los **MEDICOS.**  
DOS FÓRMULAS:  
I — **CARNE-QUINA**  
En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.  
II — **CARNE-QUINA-HIERRO**  
En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.  
Estas dos fórmulas existen también bajo forma de **Jarabes** de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.  
**CH. FAVROT y C<sup>a</sup>**, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

**ENFERMEDADES del ESTÓMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS**  
**PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
12h; DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Frasco 5 fr. en París  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
Pose y conserva el cutis limpio y terso  
CANDES et C<sup>ie</sup> 51 St-Denis-16

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL APOLO** de los JORET HOMOLLE  
CURA  
**LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS**  
FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

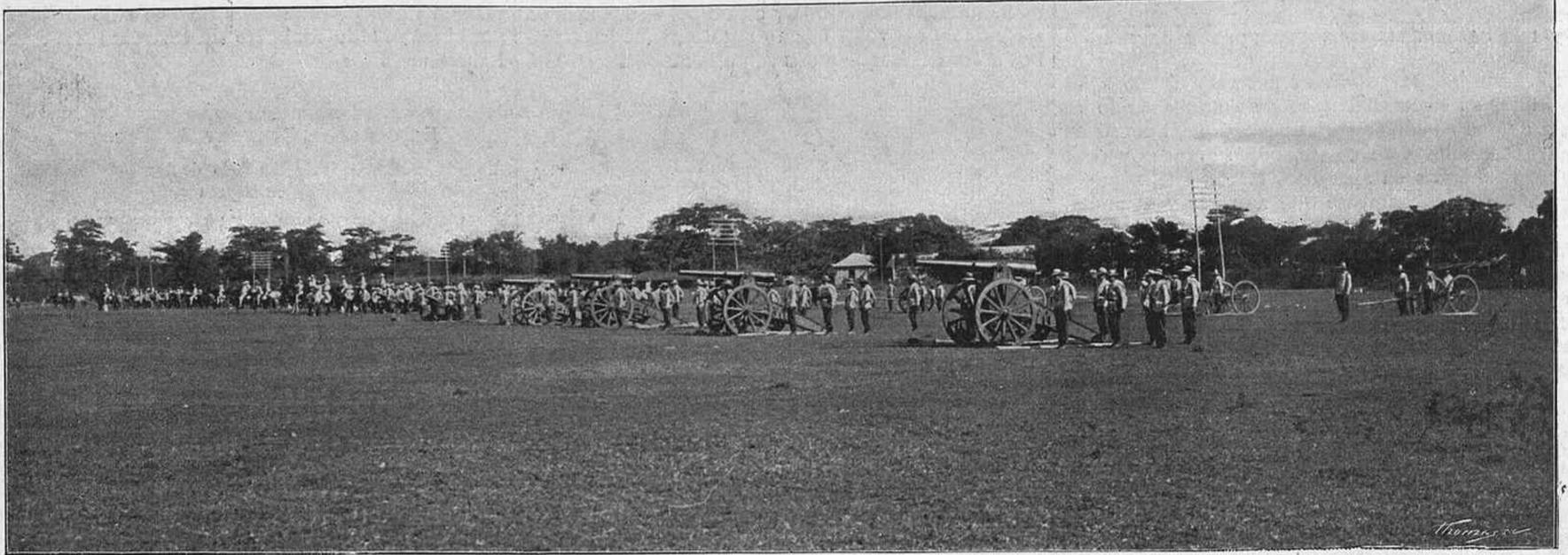
**ENFERMEDADES del ESTÓMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>o</sup> CORVISART, EN 1856  
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
1867 1872 1873 1876 1878  
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
GASTRITIS - GASTRALGIAS  
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS  
FALTA DE APETITO  
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR.** de PEPSINA BOUDAULT  
**VINO.** de PEPSINA BOUDAULT  
**POLVOS.** de PEPSINA BOUDAULT  
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
y en las principales farmacias.

**SIMIENTE DE LINO TARIN**  
Preparado especial para combatir con suceso  
Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejica (Exigir la marca de « la Mujer de 3 piernas »).  
Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche  
La Cajita : 1 fr. 30  
**POMADA FONTAINE**  
Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.  
El Boto : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.  
**JABON FONTAINE** Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE  
La Bola : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.  
TARIN, Farmaceutico de 1<sup>ra</sup> Clase, ex-interno de los Hospitales PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

**PAPEL WLINSI**  
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
Depósito en todas las Farmacias  
PARIS, 31, Rue de Seine.

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO de BRIANT**  
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias  
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
Curada por el Verdadero  
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.



Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. - MANILA. - ARTILLERÍA RODADA, MORTEROS Y PIEZAS DE MONTAÑA FORMADOS EN EL CAMPO DE BAGAMBAYÁN, PARA LA REVISTA QUE PASÓ EL GENERAL POLAVIEJA

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +  
**DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS  
 EVITAN DOLORES, RETARDOS  
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL  
 dispensan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D<sup>r</sup> FRANCK**  
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)  
 PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**P. MÈRE DE CHANTILLY**  
 ORLÈANS - FRANCE  
**UNGUENTO ROJO MÈRE**  
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS  
 Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones  
 Infiltraciones y Derrames articulares  
 Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes  
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse à voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendien à todos los animales.  
**BLACK MIXTURE MÈRE**  
 BALSAMO CICATRIZANTE  
 Para toda clase de Heridas y Maturadas de los Animales.  
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

**CEREBRINA**  
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS  
**JAQUECAS, NEURALGIAS**  
 Suprime los Cólicos periódicos  
 E. FOURNIER Farm<sup>a</sup>, 114, Rue de Provence, en PARIS  
 en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
 Desconfiar de las Imitaciones.

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente à los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION  
**ASMA**  
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.  
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata  
 J. FERRI y C<sup>ie</sup>, P<sup>os</sup>, 108, R. Richelieu, Paris.

Las Personas que conocen las  
**PILDORAS DEHAUT**  
 DE PARIS  
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente à volver à empesar cuantas veces sea necesario.

**PILDORAS y JARABE de BLANCARD**  
 con Ioduro de Hierro inalterable CONTRA  
 la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Oplacion, la Escrófula, etc.  
 Exigase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas  
 40, Rue Bonaparte, en Paris.  
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

**Jarabe de Digital de LABELONYE**  
 Empleado con el mejor éxito contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.  
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
**G rageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**ROB BOYVEAU LAFFECTEUR**  
 El Mismo con IODURO DE POTASIO  
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.  
 CH. FAVROT y C<sup>ie</sup>, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

**Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN**  
 Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
 LABELONYE y C<sup>ie</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.  
**HEMOSTATICO el mas PODEROSO** que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN